JOAQUIN BELDA

La Feria del Malecón

NOVELA

HISPANIA·MADRID

PUBLISHED IN SPAIN

BIBLIOTECA REGIONAL
1538449

X

R433665
CONSEJERÍA DE CULTURA, JUVENTUD Y DEPORTE
BIBLIOTECA REGIONAL
MURCIA

LA PERLA DEL MALECÓN

DNU
12868

tf. 395761

OBRAS DE JOAQUIN BELDA

La suegra de Tarquino (séptima edición).
¿Quién disparó? (tercera edición).
Memorias de un suicida (tercera edición).
¡Saldo de almas! (cuarta edición).
La farándula (sexta edición).
La piara (segunda edición).
Alcibíades-Club (tercera edición).
El pícaro oficio (segunda edición).
La Coquito (octava edición).
Una mancha de sangre (tercera edición).
Aquellos polvos... (cuarta edición).
Más chulo que un ocho (cuarta edición).
Carmina y su novio (segunda edición).
Las noches del Botánico (tercera edición).
La pregunta de Pilatos (segunda edición).
Memorias de un "sommier" (cuarta edición).
Las chicas de Terpsícore (tercera edición).
Un pollito "bien" (tercera edición).
Traviatismo agudo (segunda edición).
El alumno interno (segunda edición).
La Diosa Razón (segunda edición).
La bajada de la cuesta (tercera edición).
El Compadrito.
Tobilleras.
Función de gala.
Los nietos de San Ignacio (segunda edición).
Los Corrigendos.
¡Visca Catalunya!
El faro de Biarritz.
En el país del Bluff.

EN COLABORACIÓN

Con Luis Antón del Olmet: *¡Usted es Ortiz!*

TRADUCCIONES

El burdel de Filiberto (La maison Philibert), de Jean Lorrain.

JOAQUÍN BELDA

LA PERLA DEL MALECÓN

NOVELA



BIBLIOTECA HISPANIA
M A D R I D

ES PROPIEDAD

Sucesores de Rivadeneyra (S. A).—Paseo de San Vicente, 20

Este libro, aunque la cosa parezca a alguien un poco extravagante, lleva tres dedicatorias:

AL PERIÓDICO "EL PAÍS",

que ha sido mi verdadero hogar durante el tiempo de mi estancia en la Habana.

AL PUEBLO DE LA HABANA,

A... ELLA,

que ya sabe ella quién es.

Felizmente el barco había disminuído la marcha durante la noche, y hasta bien entrado el día no había de llegar a la vista de la Habana.

Realmente hubiera sido lastimoso perder entre las sombras de la noche el bellísimo espectáculo de la llegada.

Cuando Jaime Bagrela subió a la cubierta eran las cinco y media de la mañana; a la izquierda y a no mucha distancia se veían unas luces que parecían salir del agua. ¿Un ingenio? ¿Un pueblecito de la costa?... En todo caso la primera señal, el primer latido de vida cubana que Jaime percibía, y al darse cuenta de ello, estuvo a punto de dar una gran voz saludando la aparición de la tierra soñada.

Con su grito no hubiera corrido peligro de despertar a ningún pasajero; casi todos

los de primera estaban ya sobre cubierta como si el ansia de la llegada les hubiera echado de los camarotes al aire libre del amanecer.

No hay idea de la animación que reina en un barco el día de la llegada de una travesía que se ha prolongado un poco; es un espectáculo del que no hay similar entre los espectáculos que se desarrollan en tierra firme. Unicamente si en un presidio se decidieran a poner en libertad a todos los presos el mismo día y a la misma hora, o si al auditorio de una conferencia sociológica le dijeran de pronto que podía irse a la calle, se vería algo semejante.

El barco francés en que Jaime Bagrela había llegado a la Habana desde el Havre no era un presidio, ni mucho menos, pero la hora de la libertad es siempre una hora agradable.

Sobre todo cuando ese momento va acompañado de la visión de un espectáculo tan maravilloso como el que el viajero había empezado a disfrutar.

El capitán del barco debía tener un espíritu de artista, porque había elegido pa-

ra acercarse a tierra el momento mejor; acaso si la lenta llegada a la boca de la bahía se hubiese verificado en pleno día y a toda la luz del sol, la belleza del cuadro no hubiera sido tan perfecta. Pero a primera hora, cuando el residuo de sombras, consecuencia de la noche, se va disolviendo poco a poco, y los edificios, los buques anclados en el puerto y las colinas van apareciendo como formas moldeadas en una masa gris por los dedos de un escultor, se une a ese resucitar de la ciudad el acortamiento de la distancia que la marcha del buque trae consigo. Y es como una película que de una manera muy lenta se fuera desarrollando a los ojos del viajero.

Jaime Bagrela sentía, a la vista de la ciudad coqueta, en la que tanto había soñado desde sus años mozos, una extraña emoción de las que no se explican y que son por lo mismo las más intensas. No estaba ahora, en medio del fulgor de la luminosa mañana de diciembre, en vena de analizar sus emociones, y prefirió entregarse a ellas plenamente, cuando el barco, fondeado ya a

pocos pasos del castillo del Morro, le ofrecía todo el panorama de la ciudad.

Ante sus puntos más altos y más próximos, la cúpula del palacio presidencial, los rascacielos de los grandes hoteles, la torre de la iglesia, que parecía dominar la ciudad..., el viajero preguntaba:

—¿Dónde estará Nita?

El lo único que sabía fijamente era que Nita, su amor semirromántico de su última temporada de París vivía en la Habana desde hacía unos meses. Pero ¿dónde vivía? Y sobre todo, ¿cómo vivía?

Y entre la aventura total que representaba su viaje—un viaje siempre lo es—no era la aventura menor aquella de averiguar, en una ciudad como la Habana, de más de medio millón de habitantes, el paradero de una persona que tiene interés en pasar desapercibida.

Porque él no podía dudar que Nita vivía en Cuba como escondida, huyendo de su pasado, de todo el pasado que puede tener una mujer de veintiocho años.

Había tenido el talento o el instinto de no refugiarse en un lugar apartado y solita-

rio, donde es fácil llamar la atención, sino que se había entregado a la salvaguardia de la multitud, fiando su incógnito sólo a la distancia que mediaba entre París y la capital de la isla de Cuba.

Y el caso fué que, al enterarse Jaime de un modo providencial de que era la Habana el sitio elegido por su ex novia para romper con su vida anterior, experimentó un sincero regocijo.

Como él se había propuesto ir a buscarla al fin del mundo, supo con alegría que era a la Habana donde tenía que ir en seguimiento de los residuos de su ilusión.

¡La Habana! La ciudad que él había anhelado conocer desde que tenía quince años.

Era domingo, y al llegar al centro de la ciudad cerca de medio día, notó en ella esa como tregua silenciosa que se produce en los grandes parajes urbanos al llegar el día de fiesta. Parece que no son los habitantes, sino la ciudad misma, la que descansa de su esfuerzo de toda la semana.

Sólo la gente que salía de misa, y algunos impertérritos que tomaban el aperitivo en los cafés y dulcerías animaban un poco el cuadro.

Y para Jaime fué un encanto más aquella sedancia, aquel reposo en los preliminares de la siesta, como si la ciudad quisiera ofrecerse a su contemplación con toda sencillez y sin el ajetreo estruendoso de los días laborables.

Descendió en el hotel Telégrafo, y cuando abrió el balcón y se asomó a él pudo ver

el espectáculo admirable de aquella explanada, corazón de la ciudad, que se extendía en las calles laterales como las arterias se difunden por el organismo humano.

Para su bien, no era todavía la Habana una ciudad monstruosa y tentacular en que los edificios gigantes crecen sin mesura cual si quisieran ahogar al habitante con el peso de su propia grandeza; tipo hórrido de ciudad que se va difundiendo ya demasiado por el mundo, modelo de urbe, panteón de alegría, donde el respirar causa fatiga.

Y la Habana, ciudad alegre por excelencia, como la ha llamado el maestro Blasco Ibáñez, no podía ser así.

Había en ella, y el viajero los veía desde el balcón de su albergue, dos o tres edificios gigantescos, como el nuevo hotel Sevilla, y el edificio comercial del mismo Prado, llamado la Manzana de Gómez. La Habana permitíase la coquetería de enseñar al visitante aquellas moles, alardes de la edificación moderna, como si con ello quisiera decirle:

—¿Ves? Yo también sé cómo se hacen esas cosas, pero no quiero abusar.

Y en efecto, no abusaba. Los edificios

del Prado, como llamaba todo el mundo al paseo de Martí, eran palacetes de pocos pisos, muchos de uno solo, lindos, graciosos, casas en las que el viandante sentía deseos de entrar sin que le detuviese a la puerta lo imponente de la fachada.

Si la explanada del Parque Central era el corazón de la Habana, el paseo del Prado era la columna vertebral. Al final de él veíase la mancha azul del mar, camino abierto a todos.

Y Bagrela quiso ir hacia él, hacia aquel mismo mar que acababa de abandonar hacía pocas horas, pero que visto así desde tierra tenía mayores prestigios.

A la puerta misma del hotel tomó un *auto,* y por todo el Malecón, se hizo conducir a la playa de Marianao.

El paseo del Malecón, célebre en el mundo, era una avenida a la orilla misma del mar, tan a la orilla, que el agua, en los días trágicos de los ciclones, había saltado más de una vez el muro y había llegado, en visita un poco brusca, a las puertas de las casas.

Era uno de esos lugares que sólo pue-

den permitirse las ciudades que tienen el privilegio de vivir a orillas del mar, y que además de ese privilegio tienen buen gusto. Y luego, cuando la edificación propiamente urbana cesaba, venían los hoteles y las villas, unidos en medio de una vegetación de ensueño, quintas de recreo en que los ricos y los potentados de la ciudad buscaban descanso a sus nervios, maltratados por los negocios o por las preocupaciones de la política.

Después, pasada ya la estatua de Maceo, el caudillo libertador, aparecía el campo, un campo domesticado y como arreglado con todas las sugestiones primorosas, pero en medio de las cuales aparecían los esplendores de la vegetación tropical en la variedad infinita de sus manifestaciones.

Por doquier, a derecha e izquierda de la carretera se escapaba, como potro que no admite doma ni sujeción, un trozo de campo salvaje, bravío, una tierra caliente, de color rojo obscuro, fecundada por el sol hasta tostarla.

Jaime Bagrela se bañaba en el calor de esta jornada de diciembre, que era, claro es, un calor muy soportable, un baño tibio

que le resultaba muy agradable después de los fríos de algunos días de París y del Havre.

Y mientras tomaba aquel baño de sol tropical, su espíritu inquieto saltaba por encima del paisaje y buscaba con la vista en cada persona, en cada *auto* con que se cruzaba, algo que seguramente no iba a encontrar.

Se asombraba de su propia puerilidad. ¿Cómo era posible que a las pocas horas de llegado a la ciudad tropezase de sopetón con la sombra amada de Nita? Eso no ocurre más que en las comedias de magia y en algunas novelas muy... realistas, según sus autores.

La Francesita en la Habana sería uno de los quinientos mil habitantes con que contaba el casco de la ciudad. Gota de agua en el mar, átomo perdido en el aire, sólo la casualidad podía devolvérsela al viajero que había venido en su busca.

Y la casualidad no se presentó aquella tarde ni en el Malecón ni en el camino de Marianao.

Bagrela se contentó, y no era poco, con admirar la playa famosa, aquel vergel ve-

cino del mar, con sus bosquecillos imprevistos en las revueltas del camino, con sus bóvedas de palmeras y mangos que iban a terminar en la tersura de cristal de un lago, con sus campos de *sport*, verdes como la esmeralda.

Paraíso terrenal de la tierra bendita, que es toda ella un paraíso.

El teatro de la Alhambra es ese teatro popular y graciosamente atrevido que hay en todas las ciudades del mundo, menos en aquellas en que los elementos directores confunden lamentablemente la decencia pública con el aceite de las lamparillas de las iglesias.

Cuando Jaime llegó a la Habana, una de las obras que se representaban en ese teatro se llamaba "Lolita", y era una alusión muy clara y muy divertida a cierto suceso que hacía poco había divertido a su vez a toda la ciudad.

Se trataba de una aventura de sabor clásico, algo a lo baroncito de Foblas; un joven que había estado pasando por muchacha durante los años verdes de su vida, hasta que, aprovechándose de su fingida condición femenina, había llegado con sus ami-

guitas demasiado lejos, tan lejos, que nuevos seres iban a venir al mundo como consecuencia de su amistad inocente con algunas de las jóvenes sensibles a los encantos de Lolita.

Sobre la escena del Alhambra se reproducía todo aquello con bastante realismo, y además, interpretado por unos cómicos de primer orden, que no habrían hecho mal papel en una de esas compañías que por consagrarse al género llamado serio, están llenas de pretensiones.

Para Jaime fué una curiosa revelación en aquella su primera noche de estancia en la Habana.

Porque el teatro Alhambra, en el seno de la ciudad alegre, era el templo de la alegría. Otero, un gallego especializado en los papeles de tal, era un gran cómico, todo naturalidad, y que en las contorsiones de la rumba caricaturesca llegaba a realizar perfiles inverosímiles, que no habría desdeñado el lápiz del cubano Sirio.

Acebal, blanco él de alma y de cuerpo, era siempre en las tablas el negro por excelencia, y había llegado a penetrar tan hon-

do en la psicología de los morenitos, que Jaime, en esta noche, le estuvo tomando durante un buen rato por un negro auténtico.

La característica, una actriz formidable, la guapetona Chelito cubana, a quien todo el mundo llamaba así, hasta el punto de haber desaparecido para el público su verdadero nombre, y una docena de chicas guapas, formaban el batallón femenino de la casa, bajo la dirección del gran Regino López. Y... en esta obra, no se sabía si a Julito Díaz se le debía colocar entre los hijos de Adán o entre las hijas de Eva.

Porque Julito hacía el papel de Lolita, un papel comprometido, arriesgado, escabroso, que, hecho por un cómico mediocre, habría traído como consecuencia el fusilamiento del intérprete, y en el cual se desenvolvía airosamente Díaz a fuerza de talento.

Realizaba lo difícil, lo imponderable: dar la sensación alternativa del macho y de la hembra. Porque hay que desechar hipocresías. Si el actor en un personaje como éste, arrancado directamente a la realidad, ha de servir al público, tiene que producir en él el encanto de lo andrógino y de lo equívoco.

Díaz, al andar, en ciertas actitudes, en el juego de la mirada, atraía como puede atraer una muchacha guapa que tiene el pelo rubio y lleva unos calcetines muy cortos. El público, sabiendo que lo que tenía delante era un hombre vestido de mujer, se sentía atraído hacia la figura y se olvidaba de lo demás; y para recordárselo Lolita no tenía más que hablar; la voz sin ser hombruna, ni mucho menos, llevaba hacia el varón... Hacia el varón que está tomándole bonitamente el pelo a la sociedad, con el hábil cambio de papeles.

Jaime Bagtrela, mientras presenciaba la representación, iba pensando en lo que unos amigos complacientes, conocidos casi al desembarcar, le habían contado; la mayoría de aquellos cómicos eran, además, periodistas: Acebal era redactor del *Diario de la Marina,* y Julio Díaz era de la redacción de *El País,* el simpático periódico de la tarde, que dirigía la gran cabeza y el gran corazón de Manuel Aznar.

Aquellos muchachos trabajaban toda la jornada; consagraban el día entero a su doble labor, y al ponerse por la noche en co-

municación con el público, lo habían hecho ya durante el día desde las columnas de sus periódicos. Lo que en otras partes era una gracia—trabajar como cómicos en una función de aficionados—, estos actores-periodistas lo habían convertido en un trabajo rimado.

Y fué acaso aquélla la impresión más agradable entre las muchas que sacó Jaime Bagrela del teatro de la Alhambra, en aquella su primera noche de la Habana.

El viajero llevaba quince días en la ciudad, y la ciudad se le había metido ya en el alma.

De cuando en cuando, al retirarse por las noches a la soledad de su cuarto del hotel Telégrafo, o al pasear solitario por las calles alejadas del centro, Jaime sentía como un remordimiento. ¿Era posible que el encanto de una ciudad y del trato de sus gentes tuviese tanta fuerza como para hacerle olvidar el objeto casi único de su viaje?

Porque era cierto que él, poco a poco, se iba olvidando de Nita. Durante el día continuaba buscándola con los ojos por todos los sitios donde concurría, pero luego, al examinar en su conciencia los episodios de aquella busca, notaba que era el subconsciente el que trabaja en él con esa fuerza con que la rutina mantiene vivo por debajo

del nivel de nuestra conciencia algo que nos ha preocupado durante mucho tiempo.

Jaime se divertía de lo lindo. Había caído en los brazos de unos compañeros de profesión, escritores como él, y con la ayuda de su amabilidad iba levantando poco a poco el velo—no muy espeso, en verdad—con que la ciudad cubría los atractivos de aquellos de sus encantos que no pueden exhibirse en la vía pública.

Se habla unas líneas más arriba de los compañeros de profesión de Jaime... Sí, porque Bagrela era escritor. ¿No lo habíamos dicho? Pues ha sido falta de memoria; pero eso no tiene importancia. El, al menos, no se la concedía, y desde luego aquello de escritor no era lo que más le interesaba de su propia personalidad.

Y en medio de sus diversiones se iba olvidando, poco a poco, del fin primordial de su viaje.

Se diria que el mismo fracaso de sus indagaciones había enfriado en él el fuego que le arrastró a tomar el barco en Europa y que le había acompañado como un consuelo durante todo el viaje.

Porque tal fracaso había sido absoluto. Una noche en el teatro Martí, donde triunfaban el arte y la belleza, de diosa más que de mujer, de Eugenia Zúffoli, Jaime había creído llegar a la meta; desde su palco había realizado la inspección del local, cosa que era ya en él una manía mecánica.

—¿En qué luneta, o en qué palco se encontrará Nita? ¿Quién la acompañará?

Había pasado revista a todas las localidades del teatro, con resultado negativo.

En el entreacto había entrado a saludar a la primera figura de la compañía—no hay que decir que hemos nombrado a la Zúffoli—, con la que le unía desde tiempos atrás una buena amistad. Pepe Bódalo, siempre nostálgico de la manzanilla de Sanlúcar, formó tertulia, a la puerta del cuarto de su mujer, con Chamaco Longoria y algún otro amigo.

Y en esa tertulia hubo un momento en que se dijo lo siguiente:

—-Sí, hombre. Sáinz, el fabricante de tabaco; ése que tiene esa amiga francesa.

—¿Francesa?—preguntó Jaime, como si la cosa le interesase mucho.

—Sí—dijo alguien—. Una muchachita que se trajo él de París en su último viaje a Europa.

—Y ¿cómo es esa muchacha?—preguntó Bagrela, poniéndose un poco pesado.

—Pues como todas las francesas—replicó Pepe Bódalo, que era un poco escéptico.

—Y se llama...

—Margot.

¡No era ella!

Pero en seguida rectificó. ¿Y por qué no había de ser ella? ¿No podía haberse cambiado el nombre? Era preciso indagar más.

—¿Hace mucho que se trajo de París ese señor a esa individua?

Hubo un momento de vacilación en todos antes de contestar. Evidentemente, el acontecimiento no era tan importante como para que hubiera quedado grabado en la memoria de los tertulianos; por fin, Chamaco Longoria, después de fruncir un rato el entrecejo, afirmó:

—Eso debe hacer por lo menos unos dos años... Sí, porque fué antes de que Sáinz se marchase a Nueva York.

¡Ahora sí que se podía afirmar que no

era ella! A Jaime le parecía que la figura de Nita, que un momento creyó verla venir hacia él, se alejaba de nuevo, haciéndole una mueca de burla.

Y así ocurrió en dos o tres ocasiones, aunque no tan marcadas.

Lo más alarmante era que Bagrela, a medida que iban pasando los días, iba sintiendo menos el fracaso de sus investigaciones, un poco pasivas. Decididamente, Nita, o no estaba en la Habana, o se escondía admirablemente en el último rincón.

De vez en cuando un accidente venía a renovar en Jaime la pasión que se iba extinguiendo. Así fué como una tarde, pasando él, ya entre dos luces, por los soportales del hotel Sevilla, vió una silueta de mujer que, apeándose de un automóvil, cruzaba rápida la acera y se metía en el suntuoso *palace*.

—¡Es ella!—dijo el mozo casi en voz alta.

Y entró también en el hotel, como atraído por un imán.

La muchacha, atravesando el vestíbulo, había torcido a la derecha, encaminándose al *bar;* Jaime la vió ahora de perfil, enfun-

dada en un traje estrechísimo, con la punta de la melena asomándole por debajo del sombrerito diminuto.

Era ella, no le cabía duda.

En el *bar,* y de una de las mesas que había ante uno de los grandes ventanales, un señor de cierta edad, al cual fué derecho la joven, sonrió complacido al verla llegar. Indudablemente, la estaba esperando.

Jaime Bagrela sintió una viva contrariedad; y sintió también deseos de estrangular al señor de cierta edad. Pero en seguida pensó que era mejor así: podría enterarse de en qué clase de pasos andaba Nita.

Mientras, con toda discreción, daba un rodeo para buscar una mesa desde la que pudiera verla frente a frente, iba regocijándose al pensar en la impresión que su presencia produciría en la joven.

Pero el impresionado fué él. Tanto, que apenas tuvo ánimo para pedir al camarero un *cock-tail daiquirí.*

Aquella mujer no era Nita; el parecido era extraordinario: la misma boca, de labios un poco gruesos; los mismos ojos azules, la

misma nariz tirando a respingada, pero quedándose en picaresca. ¡Pero no era ella!

Jaime tuvo un momento de duda. ¿No se trataría de una transformación? Pero la oyó hablar, y ya no hubo vacilación: aquella joven hablaba con un perfecto acento argentino. Era guapa; pero a Jaime dejó de interesarle instantáneamente.

Salió a la calle mohino. Después de cada uno de aquellos chascos—porque no era el primero que le ocurría—sentía renovarse en él el deseo de encontrar a la fugitiva. Pero era una cosa pasajera.

Una noche, era la última del año, al volver de retirada a su hotel, le entregaron en el *bureau* una carta. El sobre venía escrito a máquina; él se la echó al bolsillo, y no la abrió hasta que estuvo solo en su habitación.

Conoció la letra: era de Nita; y la carta decía así:

"Sé que has venido a la Habana, y tengo la presunción de suponer que habrá sido a buscarme. Has hecho mal, y además has hecho una cosa completamente inútil, porque te aseguro que no me encontrarás. Y eso que

estoy más cerca de ti de lo que tú supones; pero no importa, no darás conmigo. Diviértete todo lo que puedas, pero no me busques. ¿Para qué?—*Nita.*"

Jaime Bagrela, por un impulso que nunca se pudo explicar, al terminar la lectura de la carta fué al balcón y empezó a olfatear en todas direcciones, como un perro pachón.

¿No decía Nita que estaba muy cerca de él? Pues a ver si averiguaba el paradero por el olfato.

La carta le había dejado un poco perplejo. Por lo pronto, con ella había ya averiguado algo: que Nita no se había muerto, y que estaba en la Habana. Pero ¿por qué tanto empeño en seguir oculta? Y, sobre todo, ¿por qué tal seguridad en que no había de encontrarla por mucho que la buscase?

¿No sería aquélla astucia de mujer para excitar el celo inquisidor de él, y que la encontrara por fin? Pero si tal era su interés, ¿tenía más que presentarse ella misma? ¿O

era que le gustaba el juego del ratón y el gato?

Mientras Jaime pensaba todo esto, en las calles de la Habana resonaba la algarabía estrepitosa de la despedida del año.

Cada ciudad tiene sus costumbres para esta noche de adioses, y la Habana tiene la costumbre de decírselo al año a fuerza de bombas y cohetes; pero unas bombas y unos cohetes que suenan como si los hubiese cargado la casa Krupp.

Y mientras la mitad de los habitantes de la ciudad se entregaban a las emociones del baile—pues se bailaba en todos los hoteles, en todos los centros y en la mayoría de las casas particulares—, la otra mitad sembraba las aceras y los rieles de los tranvías de unos horrísonos artefactos que hacían recordar la toma de Lieja por las tropas del Kaiser.

A Bagrela le divertía el espectáculo; encontraba cierta consonancia entre el estado de su espíritu y aquellos ruidos de la calle, que eran como explosiones de su propia impotencia para encontrar a Nita.

Y acompañado de aquella música eminentemente dinámica, sentado en una mecedora

en el balcón del hotel y mirando de vez en cuando al cielo, que lucía purísimo por encima del raudal de luz del parque central, Jaime fué evocando la historia, brevísima, de sus relaciones parisinas con la muchacha...

La vió una noche en un palco del Casino de París; era noche de gala en el simpático teatro, debutaba la Mistinguette después de su viaje a Nueva York, y se estrenaba una revista. La muchacha estaba acompañada por dos más, no tan interesantes como ella.

Bien vestidas las tres, tenían ese aire equívoco que ahora tiene la mayoría de las mujercitas en las grandes poblaciones, y que si sólo por él se juzga puede llevar a la confusión entre la cortesana y la señorita un poco despreocupada. Jaime, al que le pedía el cuerpo pelea aquella noche, se propuso aclarar la cosa.

En el entreacto, las chicas, como todo el mundo, salieron al amplísimo vestíbulo, el más bello de París, y que, en realidad, era un local distinto, añadido al otro del teatro. En la aglomeración de la salida, Bagrela perdió un poco de vista a las tres gracias; pero no tardó en encontrarlas ante el tiro al

blanco de la galería superior, muy intrigadas por las proezas de un señor que no daba en la meta ni una sola vez.

Las miradas de Nita y el joven se cruzaron: la de ella fué de simple curiosidad ante el señor que se pone a tiro—sin miedo a que le atine el señor de los disparos fracasados—a poca distancia. La mirada de él fué un poco más expresiva.

Pero no le sirvió para nada. La muchacha no recogió el reto.

Jaime Bagrela, gracias a la Divina Providencia, no pertenecía a esa casta de hombres, tan abundante en ciertos países, que consideran la agresión a la mujer como una prueba de virilidad. A él, salvo en algún caso muy raro y muy bien preparado, el piropo le parecía una forma del eructo moral, y todas esas promesas de traslados al paraíso de los goces que hacen los conquistadores al oído de sus víctimas le recordaban los programas de los partidos políticos: sólo una parte ínfima de ellos llega a plasmar en la realidad.

De acuerdo con su idiosincrasia, nada dijo, nada insinuó siquiera cerca de la bella

desconocida. Y que ella no daba pie para nada; no era cosa de enseñar la pezuña del sátiro.

Se limitó a admirarla durante el resto de la noche, como admirara a la *Gioconda* del Louvre, esto es, sin ocurrírsele morderla, y a ver cómo a la salida subían las tres amigas en un *taxi* y daban al chofer una dirección misteriosa.

Misteriosa para Jaime, claro es.

Pero a las pocas noches, el hombre fué al teatro de Varietés a verle a Ida Rubistein su interpretación admirable de *La dama de las camelias*. Y en una platea estaba la muchacha del Casino de París, acompañada esta vez de un hombre joven.

Bagrela, como la otra vez, se limitó a mirarla en muda adoración; tenía que hacer un gran esfuerzo para que el arte supremo de la Rubistein no le impidiera lanzar unas miradas furtivas al palco donde la joven se encontraba. Iba hoy vestida con verdadero lujo, bien alhajada, sin llegar a lo chillón, con un abrigo de zibelina, que caía indolente sobre el respaldo de su asiento.

A Jaime no le cabía duda ya: era una horizontal.

A la salida, el hombre que la acompañaba la subió a un *taxi,* y, despidiéndose muy respetuoso de ella, la dejó partir sola.

Jaime vió el cielo abierto; comprendió que si no aprovechaba los minutos, estaba perdido, y asaltando casi uno de los *autos* que circulaban de continuo por el bulevar, dió orden al chofer de que siguiera al vehículo ocupado por la joven, que se perdía ya en dirección a la plaza de la Opera.

Poco después se detenía frente a una casa de la calle de Boyssi d'Anglas; el de Bagre- la se detuvo también, y él echó pie a tierra. Vió descender a la joven y meterse rápida en el portal; tomó el número de la casa, y se retiró a la suya.

A la tarde siguiente, Jaime y la joven desconocida—ya sabía que se llamaba Nita—paseaban juntos por el parque romántico de Monceau. La cosa había ocurrido de la manera más natural del mundo: a la una de la tarde el enamorado pasó muy despacio por frente a la casa de la calle de Boissy d'Anglas; no sabía en concreto a lo que iba allí;

acaso nada más que a ver cómo era de día la casa que había visto la noche antes.

Por instinto, esperó un rato en la acera, sin saber a punto fijo dónde mirar, y durante ese rato salió a la calle una muchacha. Era Nita.

¿Casualidad? Nada de eso: habría estado mirando por algún balcón.

Bagrela echó a andar detrás, y se metió en pos de ella, después de media hora de marcha, en el parque Monceau. Iba como aturdido. Al pasar frente a uno de los bancos cercanos al estanque, donde ella se había dejado caer, la chica le sonrió de un modo casto.

Y Jaime no necesitó más. Aquélla era la línea que separa el atrevimiento procaz de la timidez; y Nita, con su sonrisa, había borrado tal línea.

El hombre se había equivocado: aquella chica no era una horizontal: claro que tampoco era una novicia del Sagrado Corazón. La historia que ella refirió a Jaime, y que tenía cierto aroma de verdad, era más vulgar. Había sido, hasta hacía unas semanas, maniquí en casa de un modisto muy célebre

de la plaza Vendôme; y cuando un señor de Burdeos—el hombre que la acompañaba en el palco del teatro de Varietés—le había hablado con toda seriedad para retirarla del oficio, ella le contestó, con gravedad no menor:

—Nada de eso; haría usted un mal negocio: yo no le convengo a usted.

El de Burdeos protestó. No se trataba de un negocio de conveniencia. Se trataba, ¡ah!, de que la amaba.

Nita se rió mucho; pero como era muy buena persona, habló así al bordelés:

—No crea que quiero presumir de honrada ante usted: soy una mujer como cualquiera otra; pero estoy convencida de que no tengo carácter para hacer feliz a ningún hombre que esté a mi lado. Usted, a los tres días de vivir conmigo, me odiaría... ¿No lo cree? Pues vamos a hacer la prueba, si usted quiere: acepto sus ofrecimientos; seré su amante, pero puramente platónica, sin que haya entre nosotros, al menos durante el período de ensayo, nada definitivo. Después... usted mismo se desengañará.

Pero ocurrió algo trágico, y fué que el de

Burdeos no se desengañó. Al contrario, con sólo aquellos ratos en que la acompañaba al teatro, y aquellos otros de pura conversación que pasaba junto a ella en el pisito de la calle Boissy d'Anglas, fué cobrando tal afecto a la muchacha, que la cosa llegó a plantearse en términos muy serios.

Nita, aunque maniquí en una casa de modas, era muy ingenua, y no se explicaba cómo podía adherirse y aficionarse con tal intensidad a su persona un hombre al que ella trataba con un desvío rayano en la impertinencia.

No tenía para él una frase de afecto; le contestaba mal, le hacía ver muy claro cuánto la molestaba en ocasiones. Y él cada vez más pegajoso.

Y es que la pobrecita, aunque había oído hablar de ello alguna vez, ignoraba que hay una casta de hombres, más numerosa de lo que se quiere creer, que gustan de ser maltratados, menospreciados por la mujer a quien desean, como si hallaran un fuerte placer en ese contraste entre el afecto que dan y el desprecio que reciben. Sácher Masoch sabía algo de esto; pero si à Nita le

hubieran hablado de Sácher Masoch, habría creído que era un modisto de Viena.

Precisamente, la joven maniquí había bajado a la calle al ver a Jaime Bagrela montando la facción frente a su casa, porque quería ver si otro hombre le explicaba el enigma del de Burdeos, y hasta le daba un buen consejo para librarse de él.

No se le habían ocultado las miradas ansiosas de aquel sujeto en el Casino de París ni en el teatro de Varietés después; tampoco le había pasado inadvertida la maniobra de la toma del *taxi* la noche anterior y del seguimiento hasta su casa. ¿Quién era? ¿Qué se proponía? No le importaba; en todo caso, ella veía en su cara que no era Landrú, y si lo era ya sabría ella defenderse a tiempo.

Desde el parque Monceau fueron a cenar a un *restaurant* de la Chaussée d'Antin, y de allí al Gran Guiñol. El de Burdeos se había marchado por unos días a su tierra; pero aunque así no fuera, ella gozaba de la suficiente libertad para disponer de su vida como le viniera en gana.

Jaime no sabía a qué atenerse; porque

cuando aquella noche, a la salida del Gran Guiñol, quiso él llegar con la joven a ciertos extremos a los que llegaron Adán y Eva en el Paraíso después de mordisquear la manzana, Nita se negó en redondo.

—Seremos amigos, amigos nada más; eso, sí: amigos hasta la muerte.

—Hasta la muerte, pero no hasta el catre —musitó Jaime con cierta melancolía.

Ello no fué obstáculo para que a los tres días, y con motivo de una excursión a Versalles, Bagrela conociera a Nita en el sentido bíblico de la palabra, que es desde luego muy buen sentido.

A partir de aquel momento, la amistad entre los dos se estrechó. Desde luego, ella —tenía razón—no había nacido para profesional del amor; era una de esas mujeres más interesantes en los preliminares, en el prólogo, que ya en la representación de la obra. Pero ¡qué cantidad de ternura emanaba de ella!

Jaime Bagrela llegó a explicarse perfectamente el caso del hombre de Burdeos.

El cual volvió a los pocos días, y entonces la tragedia se planteó en toda su desnudez.

Aquel señor, casado y con cinco hijos, volvía a París dispuesto a divorciarse de su mujer, a olvidarse de la prole y a casarse con Nita.

La muchacha había oído hablar vagamente de que en el teatro griego se producían situaciones parecidas a aquélla; pero no se sentía con fuerzas para emular a una heroína de Sófocles. Porque, además, el bordelés planteaba el asunto en una forma que habría puesto los pelos de punta a Esquilo.

—Tú dices que no quieres aceptar lo que te propongo porque no quieres ser la causante de la ruina de una familia.

—¡Claro!

—Pues nada conseguirás con tu negativa, porque si no quieres casarte conmigo, yo me pego un tiro, y mi familia, con mi muerte, se queda en la miseria.

Cuando Nita comunicó a Jaime lo que le pasaba, el hombre comenzó por aconsejar a la muchacha que hiciese encerrar a su novio en la Salpetrière, donde parecía ser que no trataban del todo mal a los locos.

Pero el consejo no era del todo viable, y

Nita—que se seguía viendo a diario con Jaime—pasó unos días muy amargos.

El miedo la dominaba; no un miedo personal, pues el bárbaro de la Gironda no parecía dispuesto a hacer nada contra ella, pero el miedo a ser la causa inconsciente y un poco fatal de una verdadera catástrofe.

Nita, en medio de su ingenuidad, era una mujer muy decidida; tenía ese arranque de todas las personas que se ven solas en la vida y que presienten tener en ellas una fuerza que explotar.

La idea de la fuga se agarró a su cerebro como una planta parásita; pero ¿dónde ir? Porque ella no quería una fuga parcial, que nada habría resuelto; de esconderse en París, más tarde o más temprano, habría dado con ella su perseguidor.

Jaime se opuso desde el primer momento a toda huída de la muchacha. No sabía a punto fijo en nombre de qué, pero se opuso. Flor de París, en París debía vivir y dar sus aromas, sobre todo si era el propio Jaime el encargado del papel de jardinero.

Nita comprendió que no podía contar con

Bagrela para que le ayudase en sus proyectos.

De manera menos trágica que el bordelés, el hombre se había aficionado también a ella, y no estaba dispuesto a soltarla. Y Nita se propuso obrar por su cuenta.

La cosa apremiaba, porque el enamorado trágico lo era cada día más. Nita recordaba haberle oído hablar en más de una ocasión del horror que a él le inspiraba el calor de Burdeos en los meses del verano, y de cómo había renunciado por dos veces el ir a Cuba, donde le llamaban negocios de gran interés, por no someterse a los rigores termométricos del trópico.

Y a Nita empezó a presentársele la isla maravillosa como el paraíso de su liberación.

Y un día, al pasar por la *rue* Auber, Nita se metió en la agencia de la compañía trasatlántica; iba a enterarse nada más; pero cuando volvió, una semana después. ya fué para sacar un pasaje para la Habana.

¿Qué se proponía? Huir, sencillamente; sepultarse en el silencio que forzosamente habría de formar la distancia. Pensaba salir

de París sin decírselo a nadie; pero una de sus amigas, una de aquellas que la acompañaban en el palco del Casino de París la noche que Jaime la vió por primera vez, como la viera muy atareada haciendo los preparativos de viaje y notase en ella algo raro, la apremió tanto con sus preguntas, que la chica acabó por confesar la verdad.

Le dijo dónde iba; pero, eso sí, bajo promesa solemnísima de que a nadie se lo diría.

Y, en efecto, pasaron dos semanas desde la marcha de Nita de París; Jaime Bagrela estaba como loco; aparte el dolor de la separación, pues él se había aficionado a la chica seriamente, tenía la preocupación por la marcha o, mejor dicho, por la desaparición misteriosa.

Al principio temió que hubiera sido víctima de un accidente; pero un buen día se encontró por la mañana, en la calle de Rívoli, a la amiga de Nita, con quien él sólo había hablado un par de veces.

La amiga empezó con mohines, con evasivas y con jugueteos; Jaime comprendió que aquella chica sabía algo, él la insistió, y ella

acabó contándoselo todo, que era lo que estaba deseando.

A las pocas fechas de aquello, el que entraba en las oficinas de la compañía trasatlántica era Jaime Bagrela.

Lo demás ya lo conoce el lector.

El periódico de la Habana donde había empezado a colaborar Jaime era, en este país de los buenos y de los grandes periódicos, la obra prodigiosa de un puñado de hombres de inteligencia y de corazón.

Diario joven aún, tenía esa fe en la vida que sólo da la juventud, y un espíritu abierto y luminoso como de quien tiene por delante muchas jornadas que recorrer.

Bagrela cayó en él como en un hogar que le estuviera esperando de antiguo; la cosa le hizo el mismo efecto que haría a un húngaro errante, llegado a un país para continuar en él su bohemia, el encontrarse con una casa y una familia que ignoraba tener y que le acogía con todos los honores.

Desde el primer día notó Jaime que cuando llegase el momento de salir de la Habana y seguir su ruta iba a tener que realizar un

gran esfuerzo para separarse del hogar del diario.

Su director, hombre que a la edad en que otros empiezan a vivir había pasado ya por todas las incidencias de una vida fecunda, era uno de esos seres raros en que la bondad, aliada con la inteligencia, forman un arma cuyo alcance llega hasta donde se lo propone.

Tenía en sus ojos claros la serenidad valerosa del hombre decidido que sabe siempre dónde va, y en su manera de hablar, tierna y conmovedora—a él no le gustaba que se llamase a eso oratoria—, la expresión perfecta de lo que debe ser el orador moderno si quiere decir algo a su auditorio sin despeñarse por los abismos de la cursilería gaseosa.

En la Habana, ciudad sensible como pocas al encanto de una buena palabra, las conferencias del joven periodista le abrieron las puertas de la popularidad y las de más de un corazón femenino.

El vicedirector del periódico, el gran Rafael Aconte, era uno de esos periodistas de

raza a quienes, por lo mucho que han hecho, llama viejos la gente.

Rafael no lo era ni de cuerpo ni de espíritu. Sabía de muchas vanidades ajenas y ese saber no le dejaba plaza en que cimentar el orgullo propio. Luchador y héroe de la guerra de la independencia, había refrendado con su sangre el amor a su país, cuando éste estaba en la aurora de su nacimiento, y necesitaba del esfuerzo de todos sus hijos para acabar de salir al mundo.

Fué Aconte el primer guía de los pasos de Jaime Bagrela en esta tierra de la Habana, que él había ayudado a hacer libre: él le enseñó los rincones ocultos, los recovecos en que se oculta pudorosa el alma de la ciudad, sus mejores galas, sus preseas y sus llagas. Sus llagas también, que hasta ellas debe llegar el beso del visitante, ya que las llagas no deben inspirar a toda persona bien nacida más que piedad.

En la casa había tipos famosos, como Díaz, el buen cómico, creador de *Lolita* y de cien papeles más, informador concienzudo de deportes, con cuyo tecnicismo jugaba en las columnas del periódico con igual

maestría que sobre la escena con los chistes y con las *calembourgs*.

Baby Renero, jovencito hijo de sus obras... y de la bondad inagotable del vicedirector, una bondad de la que sólo son capaces los hombres de talento. Porque el pollo Renero, que un año antes había llegado al periódico—y él lo contaba a todo el mundo con orgullo—poco menos que descalzo, y que había empezado sus labores periodísticas saliendo al balcón central del periódico los días de grandes partidos de baseball, provisto de una bocina del tamaño del faro del morro, a anunciar a la multitud de millonarios congregada en la calle las incidencias de la lucha, era ahora un señor repórter de toda clase de juegos, que andando el tiempo acaso llegase a ser en la Habana el Fontanills del campo verde, del boxeo y de la pelota.

No era mal tipo tampoco Adolfo Larco, el escritor acaso de más enjundia de su generación, cuyos *fondos* leía todo el mundo con la ansiedad y con el deleite con que se lee una guía del pensamiento, en la seguridad de que en cualquiera de sus párrafos,

aun en el más baladí, había de encontrarse una sugestión para la lógica y el buen criterio.

Formaban todos como una gran familia bien avenida, en la que la autoridad del padre apenas se dejaba sentir, pero que marchaba compacta y disciplinada a un fin.

Jaime, cuando, en el barullo que produce siempre el ir descubriendo poco a poco una ciudad, necesitaba un momento de reposo espiritual, se refugiaba en el periódico; el ruido de las máquinas, que vibraba en toda la casa como el de la turbina en un barco, se combinaba con el tecleo de la máquina en la que el director escribía sus notas diarias, y la suma de ambos sonidos adormecía el cerebro de Jaime Bagrela, que estaba en tensión desde hacía varios días.

Desde el balcón de la dirección se dominaba toda la avenida de Italia, la antigua calle de Galiano, como la llamaba todavía mucha gente en la Habana: espina que cruzaba la ciudad casi de parte a parte, naciendo, como Venus, de las espumas que rompía el mar en el paseo del Malecón.

Y fué desde ese balcón desde donde una

tarde, próxima ya la hora del cierre del periódico, bajó Jaime escapado más que corriendo a la calle, con gran asombro de cuantos estaban en el despacho del director.

—Ahora vuelvo, ahora vuelvo—replicó sin dejar de correr ante las voces con que todos acogían su huída—; voy a ver una cosa.

En realidad iba a ver si no le habían engañado los ojos o su propio deseo.

Porque había visto pasar por la acera de enfrente, en dirección a la calle de San Rafael, muy tiesa, muy erguida, como andaba ella siempre en París, a la propia Nita.

Por lo menos, tal le había parecido. Y confirmaba su sospecha el que él siempre había creído que se la encontraría así, de tropezón, cuando menos la buscase, como si la Providencia, que se la había arrebatado tan inesperadamente, se la volviese a poner delante de igual manera.

Cuando salió a la calle ya no se veía la silueta de aquella mujer por la acera de enfrente.

Marchaba muy de prisa, y ello hizo que el poco tiempo empleado por Jaime en bajar fuese suficiente para su desaparición.

Como la calle, según muchas de la ciudad, tenía la buena costumbre de adornarse con unos magníficos soportales, Bagrela cruzó hasta ellos, no fuese que al meterse bajo su techado hubiese quedado oculta por las columnas la figura anhelada.

Pero no vió nada tampoco. Forzó la vista todo lo que pudo, aprovechando los vaivenes y los zigzagueos de los transeuntes para ver en los claros; apretó el paso, jadeó, inspeccionó la acera contraria. ¡Nada!

Nita, si era ella, había desaparecido.

Al llegar a la esquina de la calle de San

Miguel el mozo vaciló, oteó en todas direcciones. Forzosamente tenía que haberse metido en algún comercio, y ello tenía que haber sido en alguno de aquella misma acera, porque él no la había visto cruzar la calle.

Volvió sobre sus pasos e inspeccionó minuciosamente con la vista cuantas tiendas bordeaban la calle, sin excluir las tabaquerías, ni siquiera el taller de un carpintero. Su pesquisa continuó siendo inútil, y ya entonces se dió por vencido.

Otra vez se vió casi sin darse cuenta en la esquina de San Miguel; y siguió por esta calle en dirección a la lejana Universidad.

Consideró aquel nuevo fracaso como un castigo al olvido casi total de Nita en que había vivido aquellos últimos días y a la tibieza con que llevaba sus pesquisas. Tenía remordimientos, y al ver que no había sabido aprovecharse una vez más de lo que la suerte acababa de poner en su camino, incurrió en esa necedad tan frecuente en jugadores y en gentes de aventuras: quiso volver a tentar a la suerte en el terreno mismo en que la acababa de despreciar.

Porque imaginó que siguiendo por aquella calle de San Miguel—ruta que él no había elegido, pues había entrado en ella sin darse cuenta—, iba a tropezarse de nuevo con Nita.

Se había hecho ya de noche. A Jaime Bagrela era ésta del anochecer la hora que más le agradaba en las ciudades: en todas partes, lo mismo en París que en Buenos Aires, tanto en Roma como en la Habana, parecía que a esa hora voluptuosa y galante del crepúsculo vespertino las gentes, libertadas del trabajo de todo el día, es cuando empiezan a vivir.

Cada luz que se enciende en el escaparate de un comercio o en un farol del alumbrado público es como una invitación y una esperanza más del hombre que piensa dedicar la noche a divertirse.

Si es cierto, como alguien ha dicho, que ésta del crepúsculo es la hora de las melancolías, hay que convenir en que en las ciudades la tal es una melancolía de sabor muy agradable.

Propicio por demás estaba ahora Jaime, no ya a la melancolía, sino a la tristeza, y,

sin embargo, le fué ganando poco a poco la influencia del medio y de la hora.

La calle de San Miguel, como todas las de aquella parte de la Habana, en cuanto cruzaba la amplísima de Galiano, se estrechaba, como que se encerraba en sí misma y apagaba sus luces cual si quisiera hacer penitencia por el esplendor desplegado en las cercanías del parque central.

Sin llegar a ser un callejón, era una calle estrecha, íntima, donde la luz es tímida y el ambiente propicio a toda clase de discreteos. Y poco a poco fué Jaime saboreando uno de los encantos de la Habana que no había hecho más que entrever en excursiones anteriores efectuadas a horas idénticas: eran los patios, todo el piso bajo de las casas iluminado y abierto a la calle, dando una sensación de intimidad, de reposo sensual que nada tiene que temer de la mirada del transeunte.

En muchos de ellos, y en los salones vecinos a la acera, había tertulias, corrillos amables, en los que acaso una chica de la familia iniciaba su primer noviazgo con uno de los jóvenes visitantes; en otros sonaba

lánguidamente un piano; en algunos se veía al fondo, en una habitación que brillaba como una capilla, la blancura de unos manteles preparados para la cena casera y familiar.

Pero los que más emocionaban a Jaime eran aquellos apagados, o alumbrados tan sólo por la debilidad de una sola luz, en los que una muchacha con el pelo cortado a la moda y vestida con telas muy claras se balanceaba dulcemente en una mecedora con la vista perdida en no se sabía qué inasequibles lejanías.

¿Qué esperaban aquellas chicas, solas en el silencio y la frescura de la casa entera? ¿Aguardaban al novio? Probablemente nada concreto, aunque todo podía llegar a través de los ventanales y de los balcones abiertos a la dulzura de la noche habanera.

Jaime sentía unos deseos vehementes de penetrar en una de aquellas casas y caer a los pies de una de aquellas nenas solitarias, que dialogaban en silencio con las estrellas. Caer a sus pies para recibir castamente sus confidencias, para escuchar en un murmullo,

que ningún ruido turbaría, los secretos de sus almas.

Porque, a pesar de ser guapas la mayoría de ellas, a pesar de que brillaba en sus ojos el fuego de todas las lujurias y de que iban vestidas como para ser desnudadas en el espacio de un beso, no era el deseo carnal el que se sentía ante ellas: era un anhelo más alto, aunque acaso en el fondo fuera lo mismo.

Y era, sobre todo en el errante como Jaime, el deseo de dar allí por terminada la vida, a los pies de una de aquellas cubanitas, como quien ha encontrado una de las pocas fórmulas de la felicidad integral.

¿Viviría Nita en una casa así? ¿Sentaríase también ante el balcón del piso bajo de su casa en esta hora bruja del anochecer?

El paseante tuvo ese pensamiento como la ráfaga que cruza por un cielo caluroso, pero que no hace más que cruzar. Le había ganado del todo el encanto del ambiente.

¡Cuán distinta aquella vida de la Habana abierta, libre, en que la casa es como un hueco más en la acera, de la cerrazón moruna de otras ciudades, en las que el hombre

se refugia en el interior de su morada y cierra la puerta de su egoísmo como la fiera oculta la entrada de su cubil!

Y no eran el clima y la temperatura los que explicaban este vivir al aire libre: Jaime conocía ciudades donde el calor nada tenía que envidiar al habanero, y en las que, sin embargo, la mujer vive cautiva dentro del hogar, y ventanas y balcones tienen rejas y celosías, como para evitar una mala tentación.

Confirmaba que éste era indiscutiblemente uno de los componentes del encanto total de la ciudad, que al principio se apreciaba en conjunto, pero no se acertaba a descomponer y analizar en sus partes.

Era más tarde y poco a poco cuando esos componentes se iban presentando. Y era indudablemente el atractivo mayor de todo viaje a país desconocido ése de ir captando poco a poco el alma de las ciudades, de irse por etapas compenetrando con ellas, goce prohibido a los turistas apresurados, que no se detienen más que ante lo que le mandan las guías.

Jaime había cruzado ya la calle Oquendo, y al seguir por la de San Miguel, ya casi al final de la cuadra, vió algo que le llamó poderosamente la atención.

Fué en una casa como todas, con su patio y sus habitaciones abiertas, pero silenciosas y apagadas.

En uno de los bajos, pasada ya la puerta, había otra cuyas hojas eran unas persianas de madera, y que daban paso a una estancia no muy grande, como la que ocuparía una tienda diminuta. Una de las hojas de la puerta estaba cerrada, y en el espacio que dejaba libre la otra había de pie, y apoyada contra el quicio, una mujer.

Era alta, buena moza, maciza, con las formas amplias y bien acusadas, el pelo cortado en una melena hirsuta... Una Venus un poco agresiva, pero una Venus de ébano. Porque aquella mujer era una negra, lector.

Pero una negra un poco avanzada en lo que pudiéramos llamar desteñimiento de la raza. El color de su piel estaba más cerca

del mulato que del negro, y sus facciones, más correctas que las de la gente de color, se acercaban a las de una blanca, sin perder por eso el grosor y la acometividad atractivas de las de las negritas.

Jaime se quedó parado ante ella al borde mismo de la acera. Estaba en adoración.

Ella se le quedó mirando muy tranquila, muy serena; él no dijo nada, porque era enemigo del piropo y, además, porque ignoraba ante qué clase de mujer se encontraba.

Pero la cosa no podía prolongarse y fué ella la encargada de poner el fin. Sin cambiar de actitud, hierática siempre, entreabrió su boca una sonrisa.

La sonrisa es el gran atractivo y la gran defensa de las negras; cuando asoma la blancura de unos dientes muy menudos por entre las tinieblas del rostro de una de estas mujeres, el hombre ante ellas se siente indefenso.

Como la calle estaba más bien obscura, aquella sonrisa brilló más: era toda ella un contraste, porque la mujer, vestida de limpísima bata blanca, dejaba al aire la mayor

parte de su pecho y las carnaciones macizas de sus brazos.

Jaime no pudo más.

—¡Guapa!—le dijo con una voz húmeda que se le detenía en la garganta.

Ella, como si se hubiera ofendido, se retiró de la puerta. Pero quedó sentada en una mecedora que había detrás de la hoja cerrada.

Bagrela iba a marcharse, con harto dolor de su corazón y de alguna otra parte de su organismo, cuando ella, lacónica y autoritaria, le dijo:

—¡Pasa!

Pasó y se vió sentado en un sofá lleno de cojines que había junto a la mecedora ocupada por ella.

La estancia, muy chiquitina, comunicaba con otra que era la alcoba, y cuyo lecho se veía desde la calle. Y ya no había más: la vivienda de aquella mujer terminaba allí, pues una puerta trasera que comunicaba con el patio de la casa estaba cerrada a piedra y lodo.

Jaime echó una ojeada a la habitación en que había entrado; lo que más le llamó en

ella la atención fué un hermoso crucifijo de madera y metal que había en un rincón sobre una mesita y ante el cual había un ramo de flores.

Todo era muy limpio allí, muy ordenado, como nido de mujer que vive sola y no tiene un hombre que le llene el cuarto de humazo y de puntas de tabaco.

—¿Dónde ibas por ahí?—le dijo ella.

—A verte.

—Ha estao bueno. ¿Sabías que me ibas a encontrar?

—¿Por qué no? Siempre encuentra uno lo que busca, cuando sabe buscarlo y esperar.

Jaime encontró que se ponía demasiado filosófico.

—¿De dónde eres tú?—le preguntó ella.

—De muy lejos de aquí.

—¿Y hace poco que has venío?

—Muy poco.

—¿Y te vas a quedar en la Habana?

—En la Habana y aquí en esta habitación me quedaría yo toda la vida.

Ella echóse a reír con ganas.

—¡Paluchero!

Jaime la tenía cogida por un brazo: un redondel macizo de carne morena, del cual se desprendía ese calorcillo especial y agradable que exhala la piel de los negros.

—¿Vives sola?

—¡Digo!

—Pero tendrás algún novio...

—Tú ahora.

—¿Cómo te llamas?

—María Luisa.

El negro, por lo general, habla con frases cortadas, en estilo telefónico, podríamos decir. Sin perjuicio de que el negro o la negra que salen parlanchines le den ciento y raya a la cotorra más locuaz, es lo cierto que casi siempre, y como si su afán por la comodidad le llevase a economizar palabras, el negro no dice nunca más que lo preciso, omitiendo la hojarasca de la conversación con la que los blancos perdemos tan lastimosamente el tiempo.

Por eso es muy difícil que un negro resulte orador, al menos en el sentido que nosotros los blancos damos a la palabra.

Jaime seguía hablando sin soltar el brazo de su novia ni un momento.

—¿Qué hacías ahora asomada a la puerta?

—Nada.

—Pero ¿cómo nada?

—¿Qué iba a hacer? Tomaba el fresco.

—¿No esperabas a nadie?

—A ti.

—Veo que me dices lo mismo que te he dicho yo antes.

—A ver... ¿No eres tú el que ha venido? Pues a ti era a quien esperaba.

Aquello desilusionó un poco a Bagrela; pero como era un hombre comprensivo, dióse cuenta de que lo sensato era aprovecharse de la bondad del momento.

Ella le miraba a los ojos fijamente, con aquellos suyos, negros como carbones, que medio apagaban las pestañas gruesas, muy caídas.

—¿Quieres venir?

—¿Dónde?

—Allí.

Y con un dedo de la mano derecha señaló a la cama, que se veía, muy blanca y solemne, al fondo de la estancia vecina.

—Yo, ahora mismo, iré adonde tú me lleves: ahí, o al fondo de un barranco.

Se le quedó mirando con cierto desdén, como diciendo:

—Para qué hablarás tanto para hacer una cosa como la que vamos a hacer.

Fué ella delante y en menos de un minuto se quedó completamente desnuda.

Era un prodigio su cuerpo: un prodigio de ébano o de barro cocido. Se comprobaba en ella la verdad de la afirmación que dice que el cuerpo de la mujer de color que sale bien formado supera en mucho a las excelencias de la blanca mejor construída.

Echada en la cama, en una postura muy semejante a la de la yegua que se revuelca, aquella mujer se le ofrecía incondicionalmente.

Y Jaime estaba encantado de la facilidad con que había tenido lugar todo aquello. ¡Qué sabio instinto el de estas gentes! ¿Para qué complicar con prolegómenos, con fraseo incoherentes, en el que el espíritu más ecuánime se despeña por abismos de cursilería la realización de un acto que está en el fondo de casi todos los discreteos amorosos?

¿No había ya perdido la Humanidad bastante tiempo en eso que se llama hacer el

amor, cuando la única manera eficaz de hacer el amor es la otra, la del gran silencio, en el momento culminante en que se unen dos bocas?

Ese silencio llegó para María Luisa y Jaime en medio del silencio total de la casa y casi se podía decir que de todo el barrio. No se oía nada más que sus propios jadeos.

Estaban allí en aquella alcoba limpia y bien oliente como perdidos en medio de una selva. Nadie les turbaría.

La pareja, enlazada, se reflejaba en la enorme luna del espejo del armario como podría haberlo hecho en la superficie de un estanque. Jaime, en una de sus evoluciones, vió colgada de la percha que había al pie de la cama una bonita fusta con el puño de plata.

—¿Para qué es eso?—preguntó intrigado.

—Pa qué va a ser... Pa pegar.

—Pero ¿para pegar a quién?

—Al que lo pide.

Se la quedó mirando con voracidad.

—Y... ¿lo piden muchos?

—Bastantes... ¿Quieres tú?

Echóse a reír.

—Por hoy, no; tengo un poco de prisa.

Ella no hizo caso de la respuesta; en realidad el diálogo tocaba a su fin.

Y ese fin, como era natural, fué lo mejor de todo.

Aquella mujer se entregaba sin reservas ni condiciones; barría con todo, y en medio de ese barrido Jaime cometió el acto de olvido total e irreparable con respecto a Nita.

Olvido, precisamente, porque se acordó de ella, y, valga la paradoja, estableció la comparación y se dijo a sí mismo, mientras consumaba la suerte:

—Esta negra es mucho más artista que aquella blanca.

Y ya no se volvió a acordar de la francesa en un rato largo. Cuando salió a la calle iba completamente negro.

Para Jaime Bagrela la belleza de la mujer cubana había llegado a constituir un problema serio.

El, allá en Europa, había oído hablar de ello, pero, la verdad, no creía que la cosa llegase a tanto. Y a más de haber oído hablar, había visto en ocasiones diversas, en Biarritz, en París, en Luchón y hasta en Venecia, ejemplares diversos de belleza cubana.

Eran siempre unas muchachitas, o unas señoras guapetonas, en las que lo que llamaba la atención era el esplendor extraordinario de los ojos.

Se diría que el tamaño de la pupila y el intenso brillo de la mirada perjudicaban al resto de la belleza facial de su poseedora, porque el espectador, apasionado, atraído por el fulgor de aquella mirada, no se fijaba ya en la perfección de las otras facciones.

Pues a pesar de todo lo oído y de lo en parte visto, Jaime encontraba que la realidad era muy superior a lo esperado. Porque no era sólo la calidad, era también la cantidad; en la Habana se veía mayor número de mujeres guapas que en ninguna ciudad del mundo.

Y esto de la cantidad no hay que desdeñarlo como cosa grosera y material; claro que, puesto a elegir, siempre será preferible la bondad del producto al número de la mercancía; pero cuando al lado de una señora guapa ve usted otra mejor, cuando la admiración a una morena opulenta se siente interrumpida por una espléndida trigueña que pasa, y cuando, tras una dama que provoca el vértigo, viene otra que produce la meningitis, el espectador pierde un poco el uso de sus facultades mentales y cree haber caído en una de esas islas maravillosas que se ven en las zarzuelas antiguas y en las operetas modernas, en que el tenor cómico llega, conducido por un hada, y se ve en seguida rodeado por las vicetiples, que empiezan a hacerle cosquillas.

Pero en la Habana ya, en la mujer, ha-

bía algo más que la belleza: había elegancia en el vestir y en las actitudes.

¡Miel sobre hojuelas! Esa cosa indefinible del buen gusto en la mujer, ese cuidado de la silueta, que fué, efectivamente, un tiempo privilegio exclusivo de la parisién, había cruzado los mares y se había instalado en las Antillas y también en el mar del Plata. Hoy había parisinas en la Habana y en Buenos Aires, como las había en la plaza Vendôme y en la calle de Rívoli.

¡Divina influencia de la ciudad luz, ante la cual, aunque sólo fuera por eso, había que caer de rodillas en homenaje de gratitud!

Jaime, viendo a estas mujercitas habaneras en los teatros, en los tes de los hoteles de lujo, en los *autos* del Malecón, a pie por las calles a la hora celestina de las compras, o a esa otra hora deliciosa marcada en el reloj del pecado en que iban a reunirse con sus queridos en los hotelitos discretos de los barrios elegantes, comprendía cuán grande era la influencia universal del espíritu de París, que había establecido ya una sucursal en todos los rinconcitos del mundo.

Y comprendía también el porqué de sus

equivocaciones y de sus confusiones de aquellos días, cuando él, en la silueta de una mujer que pasaba fugitiva, o en el andar rápido de aquella otra que cruzaba la acera, creía reconocer a Nita, sin haberla visto la cara.

No era fácil, porque mujeres como Nita, prototipo de la parisién perfecta, había muchas en la Habana.

Y además de ser muchas, se las saboreaba mejor. Las calles de París, sobre todo algunas de ellas, eran siempre un río humano, una aglomeración compacta de humanidad, en medio de la cual resultaba difícil aislar para la contemplación a una determinada persona.

Era allí muy frecuente ver el rostro de una mujer, y cuando se quería contemplar el cuerpo, encontrarse con un grupo de gente que impedía la vista; las piernas de una eran lo único que se veía de toda la persona, porque el toldo de una tienda tapaba el resto. Se veían sombreros que no se sabía a quién pertenecían, abrigos de pieles que parecían estar colgados de un maniquí que se

moviese, manos sueltas que hacían un gesto o decían adiós.

En la Habana, no; aquí, reinando la animación en sus calles, y sin dejar de ser una ciudad de fuertes latidos circulatorios, los transeuntes no hemos tomado aún—y quiera Dios que no lo tomen nunca—ese aspecto de rebaño humano que tienen en las ciudades monstruosas.

Aquí la mujer tiene más sitio para andar; se la ve por la acera, o bajo el arco de los portales habaneros, que parecen efectivamente arcos de triunfo alzados en su honor, en la totalidad del despliegue de su silueta, unas con andares tímidos de gacela, otras, firmes y decididas, como hembras que saben siempre dónde van, pero todas ¡para el tigre!

Ese pequeño poema que es siempre el andar de una mujer bien vestida, se saborea en las calles de la Habana a diario, hasta aprenderse de memoria sus versos. Luego, se hace cerebro y los recita uno en casa cuando nadie le oye.

Jaime Bagrela, gran callejero en todas partes, era en la Habana casi un profesio-

nal de la calle, pasaba en ella todo el tiempo que podía, y cuando no estaba en una, era porque estaba... en la esquina de una plaza.

Pero sufría mucho.

En ocasiones, ante una mujer más perfecta aún que las demás, tenía que hacer un verdadero esfuerzo para no caer de rodillas ante ella al borde mismo de la acera. Y luego venía el tormento de recordar: aquella morena enlutada que se vió cruzar de acera a acera en la calle del Obispo; aquella madre y aquella hija—¿cuál era la madre y cuál la hija?—que se apearon de un automóvil a la puerta de aquel cinema; aquella negra, no mulata, sino negra, de cuerpo delgadísimo, pero de formas irreprochables, vestida como pudiera ir una modelo de Poiret, que él vió salir un atardecer de una zapatería de Galiano y subir en un lujosísimo automóvil propio...

Y Jaime confirmaba a cada recuerdo que cada una de ellas iba borrando un poco el otro, el que creyó fundamental en su memoria: el de Nita.

Las pocas veces que ya pensaba en ella era para evocar la frase de la carta misterio-

sa que recibió a poco de llegar a la Habana:

"...y eso que estoy más cerca de ti de lo que tú supones..."

¡Cerca! Pero ¿dónde? Y no se asomaba una vez al balcón de su habitación del hotel que no extendiese la vista hacia los cuatro puntos cardinales, todo lo que se lo permitía el límite de las fachadas vecinas.

¿Sería allí, en aquel balconcito frecuentemente iluminado por las noches, y al cual se asomaban de vez en cuando unas chicas muy guapas? ¿O en aquel otro piso bajo, vecino del *bar,* del cual escapaba alguna vez con cierta timidez el sonido dulce de un piano?

Porque Jaime comprendía que sólo viéndola, sólo con ese refuerzo que recibe la imaginación con la presencia del ser cuyo recuerdo se va esfumando, podía él contener el desmoronamiento de aquel cariño, la fuga definitiva de aquella pasión, que ya no era más que una ruina.

Si no la veía pronto, aquello se había acabado para siempre.

Una buena mañana de enero, Jaime Bagrela conoció a Enrique Fontanella.

La cosa tuvo lugar en la casa de éste último, cuyos balcones dèl paseo del Malecón abrían frente al mar, ante la caricia de aquella azul superficie antillana que vigilaba a la derecha, como un viejo padre, el torreón del castillo del Morro.

Fontanella era, sin disputa, la primera personalidad de la Habana; los presidentes de la República pasaban y él quedaba; las grandes figuras del Arte o del mundo de los negocios caían en el olvido, y Fontanella seguía actuando, en un renovar constante de sus portentosas facultades.

En ninguna ciudad del mundo se daba un caso como el de Enrique Fontanella; aproximaciones, parecidos, sí; pero un caso igual, no.

Porque Fontanella era el dictador social de la Habana; un dictador bueno e inteligente, como debieran ser en el mundo todos los dictadores. Padre espiritual y consejero a un tiempo de las grandes y de las pequeñas figuras del alto mundo habanero, no se movía en él una hoja sin que soplase el cefirillo del gran Enrique; no se organizaba nada serio sin que la mano, a veces invisible del cronista, interviniese en la organización.

En realidad, había hecho más que eso: era él el creador, el verdadero fundador de la vida social en la Habana, tan intensa como en la primera ciudad del mundo.

Varios años de actuación habían cimentado su prestigio, y lo admirable, lo casi inverosímil de este hombre era que en todo ese tiempo nadie había recibido de él un agravio; en ninguna memoria humana iba unido su nombre al recuerdo de una molestia.

Como periodista, era el inventor de un género: había hecho lo más difícil en periodismo: crear. Su estilo era conciso, de frase aguda, que decía al lector únicamente lo que quería decir, castigando despiadadamente la

hojarasca y la cursilería en el párrafo, flora que suele crecer tan espléndidamente en el campo de la crónica social.

Gracias a esa sobriedad de estilo, el gran Enrique podía decir todas las mañanas, desde las cuatro o cinco columnas que llevaban su firma en su periódico, cuanto digno de mención ocurría en la alta sociedad habanera. Porque como no era el cronista de ningún grupito determinado, ni el *cavalier servente* de ninguna figura, por poderosa que fuese, estaba atento a todas las pulsaciones, recogía todos los latidos con igual fidelidad.

Su verdadero papel era el de poder moderador; en las luchas, en los choques inevitables que se producen en la sociedad entre los pequeños poderes a quienes las circunstancias tornan rivales, Fontanella era siempre el árbitro. Arbitro de elegancias, como el Petronio de la Roma clásica, pero de elegancias espirituales, las más difíciles, las más sutiles.

Pero ¿qué poder mágico era el de este árbitro, que de su arbitraje no quedaba nunca nadie descontento? Su palabra era la última en todo conflicto; pero ¿qué dulzura

milagrosa tenía esta palabra, que a todos sonaba a cosa agradable, incluso a los que más o menos indirectamente quitaba la razón?

Jaime Bagrela se hacía estas preguntas mientras estrechaba la mano recia y gordezuela del cronista, como la de un abate del siglo XVIII.

Sentado en su mesa, en aquel despacho claro, de grandes ventanales abiertos al cielo en la clara mañana de enero, Fontanella se le parecía como un símbolo, como el resorte oculto que movía la vida de la ciudad simpática y acogedora.

En el salón que precedía al despacho de Enrique, la bella compañera de su vida tejía una de esas labores domésticas que son el mejor adorno de las manos de una mujer. Todo era sencillez en la esposa del grande hombre, que parecía velar el trabajo de éste a la puerta del santuario; y en la casa toda: en el *hall* de entrada, en las habitaciones contiguas, reinaba ese bienestar sólido que únicamente sabe proporcionarse el buen gusto aliado con el *confort*, y que es como la atmósfera en que tienen que vivir los que han hecho de su vida un poema de trabajo.

—Aquí me tiene usted, desde las ocho de la mañana, todos los días, aunque me haya acostado a las cinco de la madrugada—decía Fontanella a su visitante.

—Y, sin embargo, la leyenda pretende que usted es hombre perezoso, que sólo abandona las dulzuras del lecho después de las dos de la tarde.

—Pues ya ve usted la verdad de esa leyenda: son las doce y ya llevo cuatro horas de trabajo. Y raro es el día en que puedo sentarme a la mesa antes de la una y media.

—Me lo figuraba, no sé por qué. Acaso me lo había hecho pensar así la consideración de que la intensidad de trabajo que usted lleva no puede resultar compatible con un cultivo acendrado de la pereza.

—Eso sí, he trabajado mucho y he rodado más. Ya soy viejo.

No era verdad. Jaime lo pensaba, viendo el brillo intencionado de aquella mirada, y la mueca firme de aquella boca, que parecía sutilizar todos los desdenes.

—¿Viejo usted? No. Si por viejo se entiende haber vivido con mucha intensidad, haber saboreado en pocos años lo que otros

necesitan la vida entera, para medio adivinar, entonces, sí es usted viejo, Fontanella. Pero no es así como debe medirse la verdadera edad de la persona; eso estará bueno para los confeccionadores de los padrones municipales.

—¡Oh! No crea, no crea; yo ya...

—Usted es joven, como su obra, que respira juventud y sana alegría por todas partes; obra de cronista habanero, de animador de la ciudad, que posee el sentido más atinado de la vida.

La fisonomía de Enrique se abrió en un gesto de gozo.

—¿Verdad que sí? ¿Le gusta la Habana?... ¿Verdad que es una ciudad simpática?

—¿Simpática?... Yo creo que los amantes de esta ciudad nos contentamos con muy poco, al aceptar ya con demasiada facilidad ese adjetivo; la Habana es algo más que simpática. La simpatía puede ser una cosa superficial, impresionista, que luego la frecuencia del trato se encargue de destruir. A mi juicio es la Habana la ciudad que instintivamente mejor ha comprendido lo que

la vida pide a los que estamos condenados a vivirla: trabajar, porque el trabajo fué maldición divina, pero luego, al llegar diariamente la hora del desquite, divertirse con toda amplitud, sin darle la menor importancia a todos esos prejuicios estúpidos con que la mentecatez humana ha entenebrecido la existencia en otras partes.

Fontanella, mirando al mar y al cielo, que se confundían en un mismo azul, asentía, como hablando consigo mismo.

—Es verdad... Es verdad...

Y Bagrela, a su vez, le miraba a él como un símbolo: inteligente, amplio de envoltura carnal, como todos los grandes sensuales del Renacimiento. ¿No era, acaso, Enrique Fontanella la expresión más viva del espíritu de la ciudad? ¿No era la Habana así, como aquel hombre, cordial, gozadora, atrayente, sin una gota de hiel que acibarase la vida más de lo que ésta ya lo estaba de por sí?

—¿Ha visto ya muchas cosas? ¿Dónde ha ido?

Jaime le hizo una lista de sus peregrina-

ciones de aquellos días a través de la magia de la ciudad, de todas sus peregrinaciones, aunque para narrar algunas tuviera que bajar prudentemente la voz.

Enrique, al oírle en este punto, dibujaba una sonrisa bonachona y le decía:

—Hace usted bien en verlo todo; es la única manera...

¡Gran psicólogo! ¡Conocedor experto de los secretos del corazón humano! Su misma obesidad parece que es una premeditación del cielo para encerrar en aquella envoltura carnal tanta bondad y tanta comprensión.

Se explicaba bien su dominio en el medio social en que se desenvolvía: dominio suave, impuesto por la fuerza misma de las cosas sin que él se lo propusiera. Y resultaba lógico que cuando Enrique Fontanella quería dar vida a una fiesta, asegurar el brillo de una reunión cuyo éxito se presentaba un poco comprometido, le bastase con anunciar su presencia escribiendo en su periódico la frase ya sacramental:

—Asistiré.

Aun hablaron Fontanella y Jaime de mu-

chas cosas más. Cuando el visitante salió a la calle, llevaba la impresión de que al estrechar aquella mano que tantas cosas ponía en marcha, se había puesto en contacto con el espíritu de la ciudad.

—Pero ¿cómo no se me había ocurrido antes?

Esta frase habíasela dicho Jaime a sí mismo, pero casi en voz alta, asomado, en las primeras horas de la noche, a su balcón del hotel.

Recordaba una vez más la frase de la carta de Nita, y de ahí su exclamación:

"Y eso que estoy bien cerca de ti."

¿Cerca?... ¿Qué más cerca que aquello?

Y señalaba el edificio, suntuosísimo, del teatro Nacional, las luces de cuya fachada brillaban espléndidamente, como un adorno más de la noche.

En aquel teatro actuaba a la sazón la compañía de revistas del teatro Ba-ta-clan de París; ¿por qué no había de figurar en ella Nita como segunda figura o señorita del conjunto?

No había ninguna razón especial para que así no fuera; pero tampoco había ninguna en contra. La muchacha no había pertenecido nunca al teatro, pero sabía ponerse un traje y lucirlo como la actriz más elegante de la Comedia Francesa; y como, de haber ingresado en el Ba-ta-clan no sería seguramente para interpretar la *Fedra,* ni siquiera una heroína de Porto Riche o de Bataille, con su arte de maniquí le bastaría, sobre todo si, como ocurre casi siempre en las revistas, el traje más usual era el de los recién nacidos.

Eso aparte de que en toda mujer francesa hay siempre una especial predisposición para salir a un escenario y no hacer en él mal papel.

Jaime se propuso convencerse aquella misma noche del poco o mucho fundamento de su corazonada; la cosa podría resultar una tontería, pero lo que no era posible es que la duda quedase en el aire.

Comió de prisa, y, por los portales del hotel de Inglaterra, se encaminó al teatro Nacional.

Mientras hacía el corto trayecto iba pensando en que si la chica tenía empeño en

ocultarse de él no era el mejor camino para esa ocultación el exhibirse en el escenario del primer teatro de la Habana. Pero también pensó en seguida que la cosa no era tan descabellada: ¿quién iba a conocer a una mujer desde lejos, con los afeites y a la luz viva de la batería, que tanto come las facciones?

A Jaime sorprendióle agradablemente la suntuosidad del teatro Nacional; ya había oído hablar de ella; pero, como muchas cosas de la Habana, la encontraba superior a la realidad.

Era lindo en verdad el teatro de los triunfos de Hipólito Lázaro, de Caruso y de tantos artistas célebres, sucursal brillante del Metropolitan neoyorkino y uno de los pocos teatros de ópera que aun contaban en el mundo. Este año se hacía en él una temporada de revistas francesas, pero de revistas suntuosas, dignas del marco de la casa.

Jaime procuró colocarse lo más cerca posible de la escena. Durante los primeros cuadros de la revista no vió nada de lo que él había venido buscando al teatro; pero más tarde, y en una de aquellas especie de apoteosis en que tanto abundaba la obra, vió

algo que estuvo a punto de ponerle de pie en la butaca.

¡Era ella! Ahora sí que no le cabía duda. Rubia, con el pelo cortado a la *demi-garçonne,* con la nariz alada y con un traje que, por lo expresivo, era una guía de forasteros: de cintura para arriba no llevaba nada, porque una leve gasa que medio le velaba los alrededores del ombligo no puede llamarse prenda de vestir más que en una casa de locos; pero, en cambio, de cintura para abajo, y como si quisiera buscar el contraste, iba completamente desnuda.

¡Qué demonio de chica! Pero ¿quién le habría apuntado la idea de ingresar como figuranta en una compañía de revistas? Otras criaturas, al retirarse desengañadas del mundo, se iban a un convento; pero ésta, mujer moderna al fin y al cabo, había preferido ingresar en una compañía de opereta.

Jaime esperaba impaciente el entreacto; él necesitaba penetrar en el escenario, acercarse a la muchacha y entablar conversación con ella. Un simpático redactor de *El Heraldo* le brindó la ocasión para ello: con su ayuda gentil franqueó la entrada al escenario, guar-

dada por un cancerbero que sabía demasiado bien su obligación.

El escenario del Nacional era casi una plaza de toros; las señoritas del conjunto se vestían o, por decirlo con más propiedad, se desnudaban en unos cuartitos muy confortables, que tenían—¡sabia precaución!—su agua corriente y todo.

Jaime se había confesado con el simpático periodista:

—Mire usted: yo lo que deseo es salir de una duda.

—¡Ah, viejo! ¡Usted es un *chingao!*

—Es muy posible que yo sea un *chingao,* como usted dice; pero yo quiero saber si una muchacha que hay aquí es la misma que...

—¡Seguramente, chico! Usted va a ver...

Y fué su Virgilio en aquel dédalo de cuerpos semidesnudos y de axilas que se perlaban un sudorcillo no del todo desagradable.

Pero ¿quién encuentra una aguja en un pajar? ¿Cómo buscar, entre tanta chica, a la que a él le había parecido ser Nita?

Llamarla por su nombre sería ridículo. ¡Cualquiera sabía qué nombre era el que usaba ahora la muchacha! Y como no era cues-

tión de irlas examinando una por una, Jaime confió al azar la tarea de hallar lo que buscaba.

Todas aquellas jóvenes, aun vistas aquí, sin el fulgor de la luz de la escena, parecían tener la misma cara; el tipo, desde luego, era el mismo, pues ya habían sido elegidas para que así resultase, y el tipo era precisamente el de Nita, sin ninguna variación.

¿Eran bonitas?... Ya hemos quedado en que la mujer francesa ha descubierto el modo de suplir la belleza del rostro con el encanto del conjunto, y eso tiene mucho mérito. Vistas allá en su medio, en su ambiente, resultaban indiscutiblemente sugestivas; pero, ¡la verdad!, entrando en aquel escenario desde las calles de la Habana, donde la belleza de la mujer llega a todo lo que puede llegar, se echabá de menos en los rostros de aquellas chicas cierta pureza de facciones y, sobre todo, la magnificencia de los ojos.

Jaime Bagrela se hacía todas estas consideraciones mientras se comía materialmente con la vista a cada una de las...: bataclaneras que se ponían a su alcance.

Las puertas de muchos cuartos estaban

abiertas, y el curioso visitante lanzaba al interior miradas de aduanero. Una muchacha, casi como su madre la echó al mundo, cruzaba de un cuarto a otro, pidiendo a voces una barra de carmín; otra, que olía tremendamente a creosota, casi derribó a Jaime y a su acompañante, en una carrera loca que no se sabía dónde la conducía.

Y el visitante las miraba a todas, intentando descubrir bajo la máscara del *maquillage* la faz bonita de su novia del parque Monceau.

Pero la novia no aparecía.

¿Sería aquélla una tentativa más que se hundía en el fracaso? ¿Y tan lleno de la imagen de ella tenía el subconsciente que, a pesar de creerla olvidada, la evocaba por doquier al menor pretexto que la realidad le brindase?

Un momento pensó Jaime en la sorpresa de la muchacha si se lo encontrase así frente a frente en cualquier rincón del escenario. ¿Qué diría? ¿Cómo habría de explicar su fuga de París?

Pero, por lo visto, el caso no se iba a presentar.

El *régisseur* anunciaba ya el comienzo del acto, y llamaba a las chicas a escena con esa solemnidad autoritaria con que los franceses tratan todas las cosas del teatro.

Y entonces el simpático periodista, introductor y acompañante de Jaime en el escenario, tuvo una buena idea.

—Mire, vámonos allí, al pie de aquella escalera: por allí tienen que pasar necesariamente todas ellas para entrar en escena.

—¿Usted cree?

—Ya lo verá. Conozco este teatro como si hubiera nacido en él.

Y allá fueron, camino Jaime de un desengaño más.

Porque pasó, en efecto, por allí toda la compañía, pudo él fijarse detalladamente una por una en todas, y allí no estaba Nita ni cosa que se le asemejase.

La finca donde Jaime Bagrela iba invitado aquella noche estaba situada a unos veinte kilómetros de la Habana. Se pasaba por Arroyo Arena, al pie del Cristo famoso, cuya ermita se alzaba a la derecha de la calle del pueblo, en un alto, y seguía campo traviesa, metiéndose el soberbio automóvil continuamente bajo bóvedas de verdura formadas por laureles, esos laureles gigantescos de la flora tropical, que parecen árboles de varios siglos.

La falta de luz, si impedía ver las perspectivas del paisaje, daba, en cambio, a éste, en lo que alcanzaban a alumbrar las luces del coche, aspectos fantásticos. Y, sobre todo, la noche despertaba en el campo cubano algo que de día, con el fuego del sol, parecía dormido y como inexistente: era el olor, ese aroma especial e indescriptible, que era una su-

ma de perfumes diversos, no sentidos en ninguna parte como aquí.

La brisa nocturna la traía al rostro del caminante, ya fuera éste a pie o montado en su caballito, ya fuera a setenta por hora, como iban Jaime y su acompañante. Era toda la sensualidad de la tierra caliente, que exhalaba por la noche su vaho, como los suspiros de una mujer enamorada que está deseando que la posean.

Resultaba inútil querer analizar aquellos olores: era en vano decir que esta ráfaga procedía de tal semilla, y que este otro aroma lo enviaba tal árbol: el conjunto paradisíaco escapaba a toda labor de detalle.

¡Y cómo explicaba aquel olor campesino muchas de las cosas divinamente agradables que pasaban en Cuba! La facilidad para el amor, esa falta de malicia con que aquí se trataban ciertas cuestiones, que en otros países de llanuras yermas aparecen siempre rodeadas del nimbo atormentador del pecado, ese sentido claro de la vida, que fué el mismo de Grecia inmortal...

Porque ese aroma de tierra prolífica, que en las ciudades no se notaba, estaba, sin em-

bargo, diluído en el ambiente, lo respiraban todos sin darse cuenta, y con él subía a los cerebros ese anhelo tranquilo de gozar, que es el fondo del carácter cubano.

Jaime se embriagaba respirando aquel olor, mientras el automóvil volaba por una recta que era un verdadero túnel de vegetación; y se embriagaba, no en el sentido espiritual, sino en el material de la palabra.

Para acariciar su incipiente borrachera, Agramonte, el abogado más famoso de la Habana, y que era el que le había invitado a su finca, le iba refiriendo la historia de sus últimos amores, relato pintoresco, que casaba a maravilla con el ambiente perfumado de la noche.

El hombre hablaba sin jactancias, sin ridículos alardes de conquistador, como persona que, por haber vivido mucho, sabe ya en su juventud de todas las experiencias de la madurez.

Hijo del primer prestigio jurídico del país, tenía él a su vez en la Habana un bufete en el que colaboraban diez y seis muchachos, diez y seis abogados jóvenes, que hubieran hecho muy buen papel en la tertu-

lia de Justiniano. Y era con ellos, es decir, con el bufete en pleno, con quienes Agramonte y Jaime se iban a reunir dentro de unos momentos en la finca del primero.

—Ya deben estar allí todos. Usted va a ver qué gente más agradable y más simpática.

Hablaba de ellos con el cariño y con la lealtad con que hablaría de unos hermanos; y este hombre, con dinero más que suficiente para hacer una vida de ocio si hubiera querido, se exaltaba al pensar en sus compañeros de trabajo, que lo eran también de diversiones.

—Nosotros trabajamos de firme; y aunque los azares de una juerga nos hagan acostarnos a las cinco o a las seis de la mañana, no hay duda de que a las ocho estemos todos en el despacho.

—Y ¿cuándo duermen ustedes?

—Yo hace seis años que no duermo.

—Eso sí...

Jaime comprendió lo que había de verdad en el fondo de aquella hipérbole; realmente, este clima del trópico no exigía de los cuerpos aquellos descansos prolongados de los

climas fríos. Se diría que la Naturaleza, obrando sabiamente, no quería robar en estos parajes muchas horas de la jornada al ser humano, para que dispusiese de más tiempo para gozar de sus encantos.

Llegaban ya a la finca; a la puerta del jardín había un soldado, uno de los de la escolta que el Gobierno había puesto a disposición del dueño de la casa para que velasen por la tranquilidad de ésta en medio del campo.

Ya el automóvil dentro del parque espléndido, se vieron al fondo las luces del edificio principal y se empezó a oír un ruido extraño, algo así como una murga tocada en instrumentos originalísimos.

Agramonte, que se maliciaba algo, dijo al oírla:

—Verá usted éstos como han preparado alguna de las suyas.

En efecto, al virar el coche en la plazoleta central y pararse ante la galería baja que servía de portal a la casa, estalló una ovación formidable en obsequio a los que llegaban.

Pero una ovación especial, como no la han

escuchado nunca en ningún teatro los artistas más famosos: cada uno de los invitados tenía en la mano una cotelera llena de un líquido diabólico, y agitando cada uno la suya con toda fuerza, producían un estruendo infernal, que ya lo hubiera querido Strauss para una de sus sinfonías.

Y para agradecer la ovación hubo que probar una copita de cada uno de aquellos *cock-tails,* confeccionados cada cual con arreglo a una fórmula diferente.

Aparte el "daiquirí" y el "presidente", ya vulgares en la Habana, había, fabricados para la ocasión, el *cock-tail* "Agramonte", el "Bagrela", el "noche cubana" y muchos más, entre los cuales sobresalía el *cock-tail* "Magasén", por ser el más picante de todos.

Y esto de Magasén sabrá luego el lector por lo que era.

Cuando los comensales se sentaron a la mesa, habían bebido ya más de lo que se bebe en muchas juergas completas; sin embargo, las cabezas estaban firmes y los espíritus alegres.

Gente toda acostumbrada a los discreteos con el Bacardí y con la ginebra, no tenían

en el espíritu ninguna de esas estupideces ni de esas groserías que el alcohol suele sacar a flote en ciertos seres poco gratos.

La comida, señorial, fué un continuo derroche de buen humor, de cuentos picarescos, de anécdotas graciosas, unas vividas y otras inventadas.

Las dos cabeceras de la mesa las ocupaban: la una, Agramonte, y la otra una figura hiératica, grave, solemne, un hombre de unos cincuenta años, de lentes, de pelo blanco ya, que le formaba en lo alto del cráneo como un airón de rebeldía.

Era Magasén, el célebre Magasén de que se ha hablado antes. Pero este hombre—cuya toga beso desde aquí—merece párrafo, y aun párrafos aparte.

Magistrado de la Audiencia de la Habana, hubiera podido decirse de él que era el hombre más simpático de la ciudad, si no fuera porque en ésta abundaban tanto los hombres simpáticos que resultaba difícil la catalogación. Era como la belleza de las mujeres; en la Habana, aparte el número, no se podía decir: "Fulanita es la más guapa."

Pero Magasén era una gran figura: alto,

esbelto, con ese aire juvenil que conservan algunos hombres hasta que los entierran. Del tiempo en que fué juez correccional se contaban de él anécdotas divertidísimas.

Muy amigo de sus amigos, pero mucho más de la Justicia, a la que servía con amores y fidelidades de esclavo, jamás lazo de amistad ni mano de mujer—¡y eso que le gustaban más que una champola de guanábana!—torció ni movió la suya cuando de resolver un asunto se trataba.

Bromista y divertido en su vida privada como el que más, al ponerse la toga poníase también con ella un nuevo carácter, se diría que un temperamento nuevo, como si una doble personalidad se albergase dentro de su cuerpo esbelto de Quijote embromador.

Agramonte se lo decía por lo bajo a Bagrela, mientras el magistrado narraba con su voz de bajo profundo la vigésima de sus anécdotas droláticas.

—¿Usted lo ve ahí, tan amigo, tan camarada de todos nosotros, llevando la voz cantante siempre que de divertirse se trata? Pues jamás se ha dado el caso de que uno de nosotros obtenga de él, como abogado,

más que estricta justicia; bien es verdad que tampoco lo pretendemos. A lo más que llega es a avisarnos; yo, a lo mejor, recibo una llamada por teléfono: es Magasén, que me dice: "Chico, sea enhorabuena; vas a ganar el asunto ése que tienes pendiente en mi sala." Y otras veces se cambian las tornas: "Chico, siento decirte que el asunto ése te lo voy a echar abajo. He encontrado en él una cosa que no me gusta."

Una carcajada estrepitosa, que resonó por todo el comedor, vino a interrumpir al dueño de la casa: Magasén acababa de decir el chiste más picante de toda la velada.

Y Bagrela pensó que todo aquello estaba muy bien, que así debían ser los hombres y los amigos, para que la amistad no se convirtiese en tapadera de la simple conveniencia.

Con todo lo que iba viendo iba penetrando poco a poco en el fondo amable del carácter cubano; aquí, cuando la gente se reunía a divertirse, lo hacía pensando única y exclusivamente en la propia diversión, sin ulteriores consecuencias. Nada de convidar a un señor a almorzar para convencerle de la bondad de un negocio, ni de convertir el

champán o la salsa mayonesa en instrumentos de cohecho.

El ciudadano de la Habana le daba tal importancia a eso de la diversión, que no creía que debiera confundirse con nada más, y era difícil que aquí—como había ocurrido en otras partes—se fallase un pleito abriendo unas docenas de ostras, o se hiciese ministro a un señor porque sabía endulzar admirablemente el café en la tertulia del jefe político.

A la hora del asado estaban los comensales pasando lista a todo el mujerío de la Habana. Aquellos chicos estaban enterados de todo: cuál era el último lío de Fulatina; quién era el feliz mortal que pegaba ahora los tarros al respetable Mengánez; por qué habían reñido definitivamente Chicho Calamares y su querida; quién pagaba la casa espléndida que Rosita la mejicana se estaba haciendo construir en el Vedado...

A veces había informes contradictorios sobre un punto determinado.

—Que no, hombre; no. Que estás equivocado.

—Pero mira, viejo, si lo sabré yo, que estuve la otra noche con ella en el Casino de

la Playa, y no me habló palabra sobre ese asunto.

—¿Y qué? Yo te digo que el niño ése no es de Agustín.

Se abría discusión sobre el asunto: chillaban todos durante diez minutos y, por fin, la cosa quedaba perfectamente aclarada.

Resultaba que tenían razón los dos disputadores, como siempre que se trataba de líos de mujeres: el niño aquél no era, efectivamente, de Agustín; pero Agustín le estaba haciendo por aquellos días un chico a la madre de la interesada, y así todo iba a quedar en casa o, por lo menos, en la familia.

A los postres, aquel simpático concurso, que había bebido como cien sargentos de la vieja guardia, tenía, sin embargo, la cabeza firme; la alegría y el buen humor desbordaban, pero no había ni uno solo de esos borrachos pesados y lúgubres que parecen beber para desacreditar el vino.

Bagrela, llegado aquella noche por primera vez a la reunión, sentíase rodeado de una camaradería tal, que le parecía haber convivido con aquellos muchachos desde hacía varios años. Nadie hacía distinción, para las

bromas y para las confianzas, entre el recién llegado y todos los demás; y aprovechando él la facilidad del ambiente, y como el alcohol le hubiese exacerbado la obsesión de Nita, lanzó, medio en broma, medio en serio, el siguiente globo de ensayo:

—Bueno; y ustedes, que conocen a todas las mujeres de la Habana, ¿por qué no me dan razón de una a la que llevo un mes buscando por todos los rincones de la ciudad?

—¿Quién es? ¿Quién es?—gritaron a una.

—Aquí se sabe todo.

—Si no está en el cementerio de Colón, le decimos a usted en seguida dónde vive.

—¿Cómo se llama?

—No—dijo Bagrela—; en el nombre no tengo mucha confianza: seguramente se lo ha cambiado.

—¡Claro, hombre!—gritó Magasén al que había hecho la pregunta—. Como te lo cambias tú cuando vas de... fotingueo por las noches.

—La mujer de que yo hablo es francesa.

—En la Habana hay unas cuantas, muy ricas. ¿Qué señas tiene?

Jaime procuró hacer de Nita un retrato lo más acabado posible.

—¿Desde cuándo está en la Habana?

—Pues... desde hace unos dos meses.

La concurrencia calló, como si escarbase en sus recuerdos: una mujer francesa, llegada hacía dos meses y de aquellas señas...

—¿Quién la trajo?... ¿O vino ella por su cuenta?

—Creo que sí: vino sola.

—No será una de las del Bataclán...

—¡Que se calle ése!

—¿Y usted no sabe de ella más sino que está en la Habana?

—Nada más.

Hubo otros momentos de recogimiento: todos parecían bucear en el archivo de sus aventuras de aquellos dos últimos meses. No era posible que alguno de ellos no la conociera; hubiera sido inverosímil.

Jaime respetaba aquellas cavilaciones, de las cuales estaba pendiente. ¿Iría a darle alguno de aquellos simpáticos muchachos la clave para descubrir a Nita?

Y esperaba la sentencia que pusiese fin a aquellas deliberaciones silenciosas.

Por fin, Agramonte, como el más autorizado de todos, puso fin a aquella indagatoria con estas lapidarias palabras:

—Amigo Bagrela: esa mujer que usted busca no está en la Habana.

Jaime enmudeció. ¿Qué decir contra aquella sentencia sin apelación?

Cuando, en compañía de Agramonte, volvía hacia la Habana, al filo de la madrugada, iba pensando en aquel nuevo desengaño que le había proporcionado la amistad.

Porque aquel informe negativo le parecía un fracaso mucho mayor que el de todas sus tentativas anteriores.

¡Cuando aquellos chicos no sabían nada!...

Y pensaba también en aquella figura de señorito rico con cuyos diversos ejemplares se había él relacionado aquella noche. En la Habana era difícil, no se daba bien el tipo de señorito exclusivamente juerguista; ese tipo antipático, que justifica todas las audacias del comunismo y del anarquismo.

Aquí hasta los millonarios—Agramonte lo era—trabajaban; sin perjuicio, claro es, de ser maestros en el arte de la juerga y de la diversión.

¿Explicaría ello acaso el vigor y la vitalidad de este país joven? ¿Por qué no?

Al menos, podía ésa ser una de las muchas explicaciones.

Aquel atardecer, Jaime Bagrela experimentó la sensación de ser consagrado cubano con la ceremonia de un rito de la Naturaleza: fué que bebió a plena boca agua de coco en el propio coco, que acababa de ser derribado del cocotero.

Ello ocurrió en la finca del doctor Fanosas, uno de los abogados más notables de la Habana: un rincón precioso del campo cubano, que quedaba más allá del pueblo de Marianao, y en el centro del cual su propietario había fabricado una casa, modelo de buen gusto y comodidad.

Los terrenos, que en extensión considerable rodeaban al edificio central, eran algo así como un jardín botánico en el que tuviese representación toda la variedad infinita de la fruta tropical.

El mango, señorial y magnífico, nacido

para proteger con su sombra al caminante fatigado y proporcionarle refrigerio en los ardores de un sol estival; el plátano, pomposo y lánguido a la vez, como una planta de salón; el menudo aguacate, fino como un árbol de estampa japonesa; la palma airosa, como una señorita que ha crecido mucho; el tamarindo, de hoja airada y coquetona; el zapote, adusto en su nativa pequeñez, como si quisiera guardar con el mal rostro la sabrosura de su fruto...

Era toda aquella lujuria, toda aquella orgía de la Naturaleza, que allá en Europa se dibujaba siempre con vivos colorines en estampas y anuncios, cuando se quería hacer la propaganda de estas tierras de sol, en que el hombre es plenamente el rey de la creación.

Pero la realidad era superior a todos los anuncios; Jaime, al verse ante ella, rodeado por ella, experimentaba el descanso y la excitación psíquica a la vez de quien realiza al cabo uno de sus mayores sueños. Se acordaba de la ópera *La Africana* y de la llegada de Vasco de Gama a aquel vergel de todas las sensualidades tropicales, que le hace pro-

rrumpir en una exclamación que las resume todas: "O paradisso!".

No era cosa de que Jaime se pusiera a cantar la romanza inmortal de Meyerbeer en la finca del doctor Fanosas; ganas no le faltaban para ello, pero las contuvo, entre otras razones porque, mirando al cielo, vió venir unas nubes sospechosas de la parte de Guanabacoa, y no quería él responsabilidades en una lluvia probable.

Además, llegaban ya al sector de los cocoteros, y allí había algo más serio que hacer que ponerse a dar gallos en italiano.

A la vista de aquellos soberbios ejemplares el visitante pensó que no hay árbol en el mundo que haga más coqueterías—y no es juego de palabras—con la tierra de donde nace y a la que debe el ser.

Porque el cocotero, apenas brota del suelo, se dirige muy derecho y erguido hacia el cielo, como si no pensase volver más la vista al terruño miserable que le vió nacer: no hay árbol alguno que vaya a su fin sin tirar ni una hoja, sin desgajar una rama, todo tronco liso y sin complicaciones. Pero cuando ya está arriba, cuando ya su copa se abre

como la del santo Graal, y una corona de frutos en racimo ciñe sus sienes, el árbol se acuerda de su pasado, sus largas ramas vacilan, y describiendo el arco más pomposo y elegante que concibiera la imaginación de un arquitecto poeta, vuelve a ponerse al habla con la tierra por medio de sus ramas.

De esa colección de arcos, que llegan a formar una verdadera bóveda bizantina, penden como unos tapices deshilachados de soberana belleza: son las hojas, las estrechas y alargadas hojas del cocotero, que semejan machetes cubanos, y por bajo de las cuales pasa el visitante como bajo un dosel de triunfo.

Jaime y el dueño de la casa penetraron bajo uno de aquellos enrejados naturales: era el cocotero elegido para la sagrada ceremonia de la toma de agua; el mejor y más venerable árbol de toda la plantación.

Bajo él se estaba como dentro de una tienda de campaña, por cuyas aberturas del techo se viesen trozos del cielo tropical, de un añil cegador. Uno de los racimos de cocos, verdes aún—era a fines de enero—tenía has-

ta veinticinco piezas. La carga total del árbol sería de más de cien.

Uno de los servidores de la finca, un austriaco que llevaba en Cuba varios años y hablaba con su amo en un inglés correctísimo, trepó al árbol con agilidades de tigre, y al llegar a lo alto, sujetándose al tronco sólo con las piernas, extrajo del bolsillo una navaja y cortó el coco más formidable de toda la colección.

Lo dejó caer a tierra de un golpe desde lo alto; al dar en el suelo hizo un ruido seco, como el de una calavera arrojada al osario. Se diría que el pobre coco se quejaba de que le hubieran privado de la vida separándole de su rama.

Otro fruto, primo hermano del anterior, vino abajo a impulsos de la navaja del austriaco, que cortaba como un machete. El hombre, viendo que no hacían falta más, se deslizó a tierra, como si el tronco del árbol estuviera encerado.

Procedió a preparar los cocos para la bebida. Porque la gracia era que el agua se bebiera en el mismo fruto, como rezaba el cantar, sirviendo de copa la cáscara.

Y el austriaco hizo la trepanación de aquellos cráneos frutales.

Se veía que era maestro en ello: de un solo tajo separó la corona más ancha de la fruta verde, muy verde aún y sin esa consistencia leñosa que tiene luego: una capa blanquísima, como de manteca petrificada, apareció a la vista.

Pero había que ahondar en aquella estructura para llegar al agua; la navaja siguió haciendo su función, y después de tirar al suelo dos o tres cascos, apareció por fin una pequeña superficie líquida. Entonces, en el borde mismo del fruto, abrió el hombre una gargantilla que tenía la forma exacta del labio humano, y, ya preparado, lo ofreció a Jaime.

Muchos cocos tenía que haber abierto aquel ex súbdito de Francisco José para practicar la operación con tamaña maestría. Bagrela, al principio, no hizo la suya con pericia igual; con cierta emoción ante lo sagrado del acto, tomó con ambas manos la copa natural y la llevó a la boca, de donde empezó a caer bien pronto un chorrito de agua en dirección a su corbata.

La corbata, por lo visto, también quería probarlo.

El había tomado allá en Europa alguna vez agua de coco: era, sin ofender a nadie, una especie de lava tripas con cierto pronunciado sabor farmacéutico a belladona. Esta de ahora, de cuya autenticidad no podía dudarse, sabía un poco a jugo de sandía, pero nada más que un poco: era un sabor agradabilísimo, y desde luego con personalidad propia. Sabía a... agua de coco.

Enmendada ya la impericia de los primeros momentos, Jaime bebía con toda tranquilidad y reposo, sin que la corbata se le manchase. Aquello estaba rico de verdad.

Pero aquello no se acababa nunca. No hay idea del agua que puede caber en el seno de un coco de los grandes; Bagrela notaba que el estómago se le iba inflando, como un globito de los que vendían por la tarde en el Malecón, y al descansar periódicamente en la absorción del líquido respiraba con ansia y miraba hacia adentro, como calculando lo que aun le quedaba por beber.

—Le advierto a usted—le dijo Fanosas—que no es obligación bebérsela toda.

Y para dar ejemplo tiró al suelo su coco, del cual se había bebido la mitad del líquido.

Un chorrito meón salió de él, como si la fruta, al morir definitivamente, llorase su final sobre la tierra.

Pero Jaime quiso ser más valiente, porque, además, el agua del coco le resultaba muy agradable; y siguió bebiendo casi hasta agotar la panza hidrópica del coco.

Por fin arrojólo al suelo él también. Y le parecía que desde abajo, el pobre fruto, con la sonrisa de su herida abierta, le daba un adiós de despedida.

—Ya has probado mi agua. Ya eres mío.

La fábrica de tabacos de Henry Clay estaba en una calle amplia, allá por las alturas de Luyanó.

Para llegar a ella había que caminar un buen rato desde el centro de la ciudad, pasar ante el castillo viejo, cruzar la vía del tren, atravesar unos descampados que eran como calvas en el desarrollo acelerado de la ciudad futura.

Con todos aquellos paseos Jaime se iba dando cuenta de lo grande que era ya el perímetro urbano de la Habana. Ciudad que no abusaba de los rascacielos ni de las casas de varios pisos, ganaba en extensión lo que otras estúpidamente empleaban en altura, a costa del aire y de la luz para sus habitantes, y conservaba siempre ese aspecto de ciudad-jardín que no era el menor de sus encantos.

Bagrela iba a conocer el funcionamiento de una fábrica de tabacos; no le parecía lícito estar en la Habana e ignorar el mecanismo de una industria de fama mundial. Y había elegido aquella de Henry Clay por una razón de preferencia cordial: desde que empezó a fumar algo más que pitillos habían sido sus predilectos aquellos famosos "Sports", marca de la casa, que sin la insolencia del tabaco grande, tenían el tamaño discreto de una sobremesa no muy prolongada.

El edificio de la fábrica era espacioso y antiguo: su principal fachada, adornada con los típicos portales habaneros, la había visto Bagrela reproducida varias veces en los cromos y dibujos de las cajas de cigarros.

Las mismas columnas que sustentaban la techumbre de los portales, finas, alargadas, y a las que el sol había puesto de un sabroso color moreno, parecían unos tabacos gigantescos, puestos allí como anuncios de las marcas que se elaboraban en la casa.

Jaime penetró en ella en muy honrosa compañía: un antiguo obrero tabaquero que

había trabajado catorce años en aquella misma fábrica y que era ahora apuntador en la compañía del Teatro Martí, se había brindado a servirle de cicerone.

En un patio que había a la entrada y por donde llegaban las hojas de tabaco a la fábrica, unos hombres, sentados en el suelo, realizaban la operación preliminar: era lo que se llamaba el mojado de la hoja, que pasaba de allí al despalillado, operación ejecutada preferentemente por mujeres, y que consistía en desprender de todo el largo de la hoja la espina central, que hubiera sido un estorbo para la confección.

Después de saludar en su despacho al simpático inspector principal de los trabajos, Jaime pasó a los dos talleres principales de la planta baja.

Más de trescientos hombres había en las dos estancias, que casi estaban unidas entre sí. Los había de todas las edades, y no eran los viejos los menos trabajadores: blancos en su mayoría, mulatos y algún negro, cuya piel parecía haberse impregnado del color de la hoja tanto tiempo manipulada, trabajaban todos en la mayor armonía.

Sentados ante unos pupitres de madera, con la chaveta a mano para cuando hubiera que recortar las puntas del cigarro, íbase éste formando entre sus dedos, que actuaban con la perfección con que pudiera hacerlo una máquina. Primero, con las hojas más sueltas y menos compactas se formaba el interior, el relleno, pues el cigarro puro, como le llaman en Europa, no es cual allí cree mucha gente, una gran hoja que va dando vueltas sobre sí misma, como una espiral que se aprieta; luego viene el torneado, la colocación de la envoltura, y ésta sí que es una hoja amplia, una clase especial de hoja, que sólo para eso sirve.

Pero lo admirable de aquella labor—entre los operarios había verdaderos artistas—era que teniendo cada vitola una medida exacta al milímetro, y allí sobre el pupitre tenía cada tabaquero el listón de madera con las dos ranuras entre las cuales había de quedar aprisionado el cigarro, no había dos que no fueran iguales, hasta el punto de que costaba trabajo convencer al que no estuviera enterado de que aquello estaba hecho sólo con los dedos.

Mientras trabajaban, un lector, colocado en lo alto de una tribuna instalada en el centro de cada sála, iba leyendo un libro o las últimas noticias de algún periódico.

Conocía Bagrela de referencia aquella sana costumbre: sabía que los operarios de las fábricas de tabacos pagaban entre todos, desquitándolo de su jornal, el de un lector, para que, mientras ellos hacían su labor manual, su mente no estuviera ociosa. Pero el ver en la realidad lo que ya sabía por referencia, le causó una singular impresión.

El libro leído no era, como pudiera creerse, una novela policíaca, ni un folletón de esos truculentos en que se sacrifica todo al cultivo del disparate; por votación se elegían los libros que habían de leerse, entre los de una lista en la que figuraban desde Emilio Zola al más refinado de los clásicos. Y era así como el operario, al cabo de unos años de permanencia en la fábrica, se había hecho insensiblemente una cultura que ya la quisieran para sí muchos novelistas afamados.

En obsequio al visitante se interrumpió la lectura y se le invitó a Bagrela a ocupar

durante unos minutos la tribuna, dirigiendo la palabra a los trabajadores.

Con sincera emoción lo hizo, sin retóricas, que hubieran sido un insulto para aquella gente, y sin más que un saludo cordial a los artífices de una de las ilusiones más codiciadas de la Humanidad: el humo del tabaco.

Una ovación al terminar fué el premio que otorgaron aquellos hombres a quien así se comunicaba con ellos, y luego siguió la visita de la fábrica.

En los pisos altos pudo ver Jaime una de las cosas más curiosas de la industria: en una salita no muy grande, pero muy bien aireada e iluminada, unas obreritas, guapas en su mayoría, se entregaban a la faena de adornar los tabacos con el anillo de papel dorado y coloreado que en Europa llaman la sortija.

¡La sortija del puro! Es ella la que distingue el tabaco de marca del que no lo es; es el mejor adorno del cigarro, como un brazalete codiciado con que el tabaco se adorna para atraer las miradas del fumador.

Y ya estaba bien aquello de que fueran

manos de mujer precisamente las encargadas de adornar con coquetería el producto de uso más varonil. Aquella sortija, orgullo del paleto que fumaba puro para lucirlo en las grandes ocasiones, tenía que haber sido puesta en él precisamente por los dedos de una mujercita, maestra siempre en el arte del adorno.

Había otro gran taller lleno también de mujeres: era aquel donde, con el arte del limpiado y del estirado de la hoja, se preparaba ésta para que pudiesen trabajar en ella los obreros de los talleres de abajo.

Una labor fina, que había que ejecutarla con sumo escrúpulo, era la que se realizaba en una estancia llena toda ella de grandes armarios donde guardaban los mazos de tabacos: consistía en la selección de los cigarros de un mismo color, para formar con ellos el contenido de cada caja, que sin esta difícil selección corría el riesgo de ser un muestrario de tonos diversos.

Porque, aunque a primera vista no lo parezca, la hoja del tabaco, por combinaciones químicas de la Naturaleza, no tiene siempre el mismo tono de color; y esa tonalidad va

desde un rubio claro hasta un color caoba muy obscuro, que es el más apetitoso.

Viendo allí juntos, en una fila de quince o veinte piezas, los modelos distintos que cada operario tenía delante para ir separando los más parecidos, se apreciaba perfectamente la diferencia. Y era cuestión de vista, pero de vista sutil y delicada, el ir agrupando los iguales para presentarlos luego en la caja sin que desentonasen, y fuesen ya un recreo de la vista antes de serlo del gusto y del olfato.

El administrador de la fábrica, un asturianito muy simpático, que no llevaba en la Habana *más* que treinta y ocho años, se había unido a los visitantes en aquel departamento y daba algunas explicaciones.

—En la casa se hacen ciento ochenta tipos de cigarros diferentes. Como es natural, no hay dos que sean absolutamente iguales; ni el tamaño ni lo que podríamos llamar el volumen del cigarro son nunca idénticos de una vitola a otra.

Y para demostrarlo abría aquellos grandes armarios de la pared y enseñaba a Jaime las muestras diversas.

Un perfume especial, sutilísimo, se desprendía de aquellos depósitos, en que cada marca ocupaba un sitio aparte. Lo que el tabaco tiene de atracción, de embriaguez, se veía allí como en parte alguna.

Era el mismo aroma de lujo y de bienestar que se percibe al entrar en las bodegas famosas y que hace que el espíritu se alegre aun antes de haber probado una sola gota.

A la vista de aquel tesoro, guardado allí sin darle importancia alguna, Bagrela pensaba en los lujosos escaparates de Londres, París y Buenos Aires, donde el tabaco, metido en cajas de caoba y de otras maderas ricas, se exhibía con iguales atractivos que los que pudiera ofrecer la vidriera de cualquier joyería.

—¿Y los "Sports"? ¿Dónde están los célebres cigarros "Sports"?—preguntó Jaime al asturiano.

—En este momento no los hacemos, porque acabamos de enviar a Inglaterra una remesa de ellos muy importante. Pronto se empezarán a hacer otra vez.

Con motivo de la visita a los dos gran-

des almacenes de hoja de la casa, Jaime conoció a una de las principales figuras de ella: era el jefe de todos los trabajos, un hombre alto, cuya piel, al cabo de los años, parecía haberse impregnado del color del tabaco en el que manipulaba de continuo.

Conducidos por él penetraron primero en el gran depósito de la que podría llamarse la hoja de relleno. En una nave inmensa se apilaban los fardos de la rica mercancía, en forma tal que apenas quedaba espacio para que entre pilas y pilas pudiese circular una persona.

Una hoja de una palma especial servía para empacar los fardos, y del conjunto se despedía un aroma especial que sólo recordaba muy vagamente al del tabaco ya elaborado. Era un olorcillo picante, que penetrando por la nariz, se agarraba a la garganta, y que a algunas personas producía un principio de embriaguez. En todo caso sería una embriaguez agradable y adormecedora.

—¿Qué cantidad de tabaco sale de la fábrica al cabo del año?

—De diez y siete a diez y ocho millones de piezas.

Y Jaime se imaginaba la cantidad de humo que todas aquellas piezas ardiendo suponían el cultivo de la ilusión que se haría a la sombra de sus volutas, ya que el tabaco, soberana fuente de optimismo, se resolvía siempre en humo, en el humo sagrado de la ilusión y en el de las propias cenizas, que eran a la postre una ilusión más.

En la parte alta de la casa había otro almacén, que más que tal era secadero; en él, empacados también en grandes fardos de arpillera, estaban los bloques macizos de las hojas de relleno, que, por la presión del envase, formaban casi una sola pasta.

Allí permanecían mucho tiempo, a veces hasta años, esperando que la fuerza del aire que entraba por unos grandes ventanales redujese al suficiente estado de sequedad un producto verde destinado a arder. Y allí, en aquella gran sala, donde había mercancía por valor de varios millones de pesos, sí que el olor era fuerte y penetrante de verdad.

Una larga permanencia allí, no estando acostumbrado, sí que produciría un trastor-

no en el indivlduo; un vaho cargado de savia, que daba idea de la fuerza acumulada en la planta, parecía pasearse por el ambiente, como ese aroma semirreligioso que dicen emana la vegetación de ciertos bosques sagrados de la India, y que suele convertirse en aroma letal para todo el que penetra en ellos con propósitos profanos.

Jaime Bagrela salió de la fábrica de Henry Clay con esta impresión de opulencia misteriosa. ¡Aquel olor sagrado y terrible a un tiempo!

Indudablemente en la planta del tabaco se encerraba un secreto: en aquellas hojas arrolladas, colaboradoras poderosas de la imaginación del hombre, había una fuerza temible, como todas las fuerzas. La nicotina era el más delicioso y agradable de todos los venenos.

Y a Bagrela su visita le hacía el efecto de haber penetrado en un palacio misterioso en el que unos hombres y unas muchachas manipulasen durante el día con una sustancia terrible, para domarla un poco y ponerla así al alcance del sabor y del disfrute de todo el mundo.

En un bar frontero a la fábrica el administrador asturiano y él alzaron sus vasitos de ron Bacardí por la prosperidad de la casa. Al apurar el líquido, Jaime creía estar sorbiendo en forma líquida algo del jugo de aquellas hojas de tabaco que embriagaban sólo con su aroma.

Y un buen día, o, mejor dicho, una buena noche, Jaime cayó en el palacete de la calle de San Miguel.

¿Qué era aquello del palacete?

La cosa merece una explicación.

En un edificio acabado de construir, y en su piso alto, habían instalado su vivienda cuatro seres humanos que eran la flor de la simpatía. Tres de ellos eran cubanos y miembros de la Cámara de Representantes; el cuarto había sido en su país diputado y senador varias veces y había ocupado diversos cargos públicos, el último el de subsecretario de un Ministerio; cuando su posición política estaba más que afianzada, él cogió todo aquello y tirándolo bonitamente por la ventana, con un gesto que podía competir en elegancia con los de Petronio y Alcibíades, se vino a la Habana, simplemente a go-

zar de la vida, que es el fin más alto que puede uno proponerse en la existencia.

El programa de la de aquellos hombres se encerraba dentro de la fórmula que parecía ser la general del país: trabajar en los deberes del cargo y de la profesión y divertirse todo lo que se pudiera hasta agotar el repertorio.

Porque bueno será hacer constar una vez más, aun a riesgo de incurrir en repeticiones, que el cubano, y sobre todo el habanero, siempre que se divierte lleva a la diversión, como un aliciente más, esa tranquilidad de ánimo que da el trabajo terminado y llevado a feliz realización.

Cuando Jaime entró en la casa aquella noche, las horas diarias del trabajo habían concluído ya y hacía un rato que habían dado comienzo las del holgorio y el... relajo.

Por lo pronto llegaban al palacete procedentes de casa de la sin par Vita, que era un hostal de amor, cueva de voluptuosidades o *maison de rendez-vouz,* situada al lado del paseo del Malecón, y que era indiscutiblemente lo mejor que había en la Habana en cuestión de picardías.

Pero aquello no era más que el aperitivo: a estas horas, la una de la madrugada, había confeccionado un programa más vasto, para esperar en diversos parajes y sin aburrirse demasiado la salida del Sol.

Jaime Bagrela, acompañado del señor Ordóñez y del señor Albino—el primero era el ex subsecretario no cubano, y el segundo, uno de los representantes en la Cámara—, visitó el palacete.

Este, como muchas casas de la Habana, era una serie de habitaciones comunicadas entre sí, que a su vez tenían todas una puerta que daba a un pasillo en forma de galería, al cual se podía entrar directamente desde la escalera sin necesidad de penetrar en la casa.

¡Sabia y estratégica disposición, que parecía habérsele ocurrido a la propia Vita, emperatriz de las... intermediarias habaneras! Gracias a ese sistema, que podríamos llamar celular comunicado, cada uno de los habitantes del palacete podía penetrar en su celda en las altas horas de la madrugada sin que los demás supieran si la persona que

había entrado con él era una mujer de singular belleza o un negro cimarrón.

Y no es que los cuatro habitantes del palacete de San Miguel tuviesen que andar con tapujos el uno para el otro; pero es que hay circunstancias en la vida en que el silencio y el recato hay que guardarlos aun entre hermanos.

La habitación que daba a la calle de San Miguel, con dos espléndidos huecos de un balcón corrido, era el salón de la casa.

En realidad se componía de dos piezas —una de las cuales servía de vestíbulo—, separadas sólo por dos columnas de capiteles bronceados; estaban ambas amuebladas con unos preciosos muebles, en los que la elegancia severa se aunaba con la comodidad, y a última hora, precisamente la víspera de la primera visita de Bagrela, habían recibido como elemento decorativo un refuerzo considerable.

Se trataba de una poderosa máquina de escribir, de un desarrollo tan enorme que podía confundirse fácilmente con una de esas de planchar trajes que Bagrela había

visto hacía poco en París como cosa rara y que tanto abundaban en la Habana.

Este armatoste, entre acorazado y pianola, habíalo llevado al palacete Dixmude el más... cintura de los cuatro habitantes, y al verlo se pensaba que las cartas que en él pudieran escribirse habrían de ser forzosamente Cartas constituyentes o Cartas Magnas, como las que otorgaban los Reyes del medioevo a sus pueblos sometidos.

Al otro lado del vestíbulo y de su máquina de escribir pavorosa empezaba la sucesión de dormitorios: limpios, señoriales, en cada uno de ellos había impuesto su dueño el sello de su personalidad. Así, mientras en uno la nota dominante era una primorosa y gaya manta de baño que no hubiera desmerecido cubriendo el cuerpo de un campeón mundial de boxeo al aparecer en el *ring*, en otro esa nota la daba una colección de retratos de señoras guapas, de esas que provocan la mordedura, y vestidas con unos trajes que, vendidos al peso, no producirían el número de quilos suficiente para comprar un ejemplar de un periódico.

El cuarto de baño, brillante y extramo-

derno, era común a todos los huéspedes de la casa; pero como éstos eran personas limpias, poco amigas de la promiscuidad, cada uno de ellos tenía en la pared, y cerrado con su llave, un pequeño armarito de luna, en el que guardaba los enseres más necesarios para el aseo, tales como jabones, esponjas, mangas, utensilios de afeitar, etc., etc.

Al final de la casa estaban el comedor, la cocina y las habitaciones de los criados. El primero era en el palacete una estancia de puro lujo, pues los dueños de la casa, como personas de buen gusto y de vida serpentinesca, comían siempre en la calle.

Todo en el palacete daba una sola y predominante sensación: aquella gente vivía en comunidad, en república, en íntima compenetración, pero nada más que hasta el punto en que esa compenetración podía resultar molesta. La comunidad no era allí incompatible con la independencia de cada uno.

Obedeciendo a esa fórmula, cada dormitorio podía aislarse completamente de los demás gracias a dos puertas laterales que cerraban por dentro, y en virtud de ese sistema, entre cartujo y voluptuoso, era muy fre-

cuente que al amanecer—en el palacete no amanecía nunca antes de las doce de la mañana—se planteasen entre los habitantes cuestiones como las siguientes:

—¿Ustedes saben si Wasermann—Waserman era uno de los representantes—ha venido a dormir a casa esta noche?

—No sé—replicaba Ordóñez con su eterno aire de vicario apostólico—; yo lo único que sé es que en el cuarto de Dixmude he oído, a eso de las seis de mañana, unos quejidos extraños.

—Estaría soñando.

—¡Quién sabe, viejo!—replicaba el aludido—. Yo cuando me quejo es porque quiero que se repita.

—¿El qué?

—¡Qué ha de ser! El danzón.

—Yo creo que lo que le pasó—decía el corpulento Albino—es que se le metió el gato en la habitación; y ese gato maulla mucho.

—Sobre todo cuando se encierra con una gata.

Este era el ambiente que reinaba siempre en el palacete. Como verá el lector, nadie, no

siendo los interesados, sabía lo que había ocurrido aquella noche en la habitación de los demás.

Bagrelá les envidiaba a todos sinceramente; gente feliz, con la felicidad relativa que es posible poseer en esta vida, y que procuraban endulzar el lado amargo de ella a fuerza de buen humor y de decisión para el holgorio.

En el cuarto de Ordóñez el adorno principal eran unos cajones de madera toscos al exterior, pero que estaban llenos de unas primorosas botellas alargadas, en las que triunfaba el oro líquido del vino "Benavides de Burgos", riqueza desconocida en la Habana, y que el subsecretario se había propuesto difundir y propagar.

Y como era, por lo visto, partidario de la propaganda por el hecho, aquellos cajones de su dormitorio estaban siempre levantando su tapa, y dondequiera que sentaba provisionalmente sus reales la tribu para comer, seguíanla como impedimenta unas botellas del sabroso jugo, de las cuales no habrá que decir que al llegar a los postres no quedaban más que los cascos.

Y como el vino era realmente cosa superior, ocurría lo natural en estos casos: a la mesa ocupada por los del palacete, y a la cual, por galana deferencia de éstos, se sentaba muchas veces Jaime Bagrela, se acercaba un amigo a saludar, y en seguida se le largaba la frase sacramental:

—¿Usted no ha probado este vino de Benavides?

—No, señor; no he tenido ese gusto.

—Pues ahí va; empújese esa copa.

El hombre se la empujaba; si era un conocedor, chasqueaba la lengua, cerraba los ojos, los abría después para mirar al cielo y daba su dictamen:

—Está sabroso esto, mi amigo.

Si el bebedor era uno de estos que beben por beber, lo arrojaba de un trago en el gaznate, se rascaba con la lengua el picorcillo de las membranas bucales y... pedía otra copa.

La Habana entera iba a estar muy pronto jalada con aquel néctar rubio que a Ordóñez cabía la gloria y el honor de haber introducido en la isla. En el próximo Carnaval el "Benavides de Burgos" iba a ser la

bebida de moda, y cuando el estruendo de los Carnavales pasase, el vino quedaría, como quedan siempre las reliquias.

Ese sería uno de los orgullos del palacete de la calle de San Miguel; una gloria para sus huéspedes, primeros catadores y padrinos del jugo maravilloso.

Pero a esos huéspedes les hacía falta un nombre; y una noche Bagrela, de acuerdo con Piñón, el ilustre fotinguero que estaba casi siempre al servicio de los habitantes de la casa, encontró ese nombre.

En adelante los dueños del palacete se llamarían "Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis", en recuerdo del ilustre y glorioso Blasco Ibáñez.

¿Por qué ese nombre? Estas cosas que salen del corazón no se razonan nunca. Lo de cuatro, por ser cuatro precisamente; lo de jinetes, acaso porque todos ellos eran muy buenos montadores, y no de ascensores precisamente; y lo del Apocalipsis, como no fuera por el vino "Benavides"...

Y Nita sin aparecer.

Mes y medio llevaba en la Habana Jaime Bagrela y sabía de ella lo mismo que el primer día: que no sabía nada.

Porque nada era saber que estaba en la Habana y divinamente escondida por lo visto.

Una vez más la vió; es decir, vió en la realidad a aquella Nita que él llevaba en la imaginación en forma obsesiva y que reproducía en la vida de cuando en cuando.

Fué en el simpático cabaret de la calle de Blanco, a orilla misma del Malecón, llamado *La Taberna;* era francesa también, se llamaba Francy y se parecía a Nita como una flor a otra flor de la misma planta. Pero no era ella.

Francy bailaba en el *ring* del cabaret, medio desnuda casi siempre; y hacía muy bien,

pues tenía un cuerpo, blanco y bien plantado, que no lo mejoraría Fidias si resucitase. Otras veces se vestía de marinero y danzaba así vestida. Y no se sabía cómo resultaba más apetitosa; la androginia de su figura, con el traje blanco y la cabeza cubierta por la gorra, era algo que hacía morder y que debilitaba las tendencias viriles del espíritu.

Llevaba cinco años en la Habana, y durante ellos había vivido... como viven estas palomas del amor, que a lo mejor pasan la vida entera sin conocer del amor mismo más que los alrededores. Ahora vivía en una pensión muy coqueta de la calle de Teniente Rey, muy cerca de la avenida de Bélgica.

A Jaime le gustó desde que la vió por primera vez; aparte la esplendidez estatuaria de su cuerpo, le atraía un aire picaresco y sereno a un tiempo, que tenía su cara, sobre todo cuando aparecía en ella una sonrisa.

Al principio la respetó, por creerla amiga del representante Albino, uno de los cuatro jinetes; pero luego vió que Albino no era más que uno de tantos como habían pasado por su cuerpo, en una noche en que Francy

visitó el palacete de la calle de San Miguel..., de donde salió a las tres de la tarde siguiente.

Y se alegró sinceramente, porque Bagrela, que era un poco romántico, profesaba y practicaba la teoría de que el hombre que le hace carantoñas a la amiga de un amigo es un ser completamente estúpido. A un amigo no se le debe quitar más que la mujer propia, porque en la mayor parte de los casos se le hace un favor.

Lo primero que hizo fué confesarle a Albino que le gustaba mucho Francy; y el representante, que, además de ser muy simpático, era un verdadero hombre de mundo, se rió mucho y le animó con estas palabras:

—Duro con ella, amigo Bagrela; le advierto que la mujer lo merece.

Y después de hecha su confesión, Jaime no hizo nada.

Porque quien lo hizo todo fué la divina Providencia. La cual dispuso que, con frecuencia plausible, se encontrasen por aquellos días Francy y Jaime en las ocasiones en que menos lo esperaban.

Un día, al salir él y entrar ella, en una

perfumería; otra vez por la acera del Louvre, a las once de la mañana..., ocasión en que ella iba a acostarse; y otro día, estando Bagrela tranquilamente comiendo en un *restaurant* del Parque Central y pasando ella muy de prisa por la calle.

Tan de prisa iba, que, al verse ambos a través de la vidriera, ella pasó, atendiendo solícita una invitación de él, y se separaron a las tres horas.

Francy, aparte sus cualidades físicas, era una mujer muy cariñosa; eso que los italianos llaman *calina* y que en nuestro idioma, a pesar de sus pretensiones de frondoso, acaso no tenga una traducción exacta. Verdad que eso pasa, y por algo será, con casi todos los vocablos que en otras lenguas expresan conceptos amorosos.

Francy era eso que nosotros, cuando una mujer no nos gusta o se nos ha pasado ya el entusiasmo por ella, llamamos pegajosa; nunca hablaba con Bagrela—y dado su oficio, había que suponer que con los demás haría lo mismo—sin mirarle fijamentete a los ojos continuamente, lo pidiese o no el diálogo; tenía una mano apoyada en el bra-

zo de él, y cuando daba aquélla para un saludo o para una despedida, estrechaba la que se le tendía hasta casi descoyuntar los metacarpos.

Como las cosas pequeñas tienen a veces mucha importancia, Jaime, por todos esos detalles nimios, se iba aficionando cada vez más a la francesa. El parecido, más que físico, moral, de ella con Nita, contribuía indudablemente a fomentar aquella afición.

Una vez más, y acaso sin darse muy clara cuenta, Bagrela reproducía en la realidad el tema de su obsesión; y si en muchas de las mujeres que veía de lejos en la calle o en el teatro, creía encontrar a su novia de París, al encontrarse en trato íntimo con una que se le parecía, ilusionábase con el encuentro, aun sabiendo que no era ella.

Con Francy vivió Bagrela unos días, muy pocos, de relativa embriaguez; si la cosa hubiera durado puede que el viaje suyo a la Habana hubiese variado de rumbo.

Pero la Providencia también tenía dispuesto que aquel capítulo de su vida habanera durase muy poco.

Una noche, al despedirse los dos a la puer-

ta del escenario del teatro Martí, donde Jaime acudía a oír la imponderable *Doña Francisquita,* del maestro Vives, ella le retuvo largo rato, cogido de la mano; y cuando él iba a desprenderse definitivamente, le dijo:

—No entres todavía.

En el ruego había puesto todo el cariño melancólico que sabía poner en ocasiones en la frase más insignificante.

—¿Por qué no me acompañas un rato? Nos iremos por ahí, donde tú quieras.

—¿Pero no me has dicho que ibas a la academia de baile?

—Sí, pero... no quisiera ir a la academia esta noche.

—¿Por qué?

—Porque no.

Jaime dudó un momento, pero se decidió pronto. Entraría.

—Luego nos veremos en *La Taberna.*

—¿Luego?

Parecía tener algo raro; era la primera vez que se citaban para un sitio fijo, pues siempre habían fiado sus encuentros a la voluntad del azar.

—¿Tienes que entrar en el teatro necesariamente?

—Sí; no tengo más remedio.

No era verdad, pero lo decía para despegarse.

—Bueno, pues entonces..., hasta muy pronto.

Lo dijo con un tono de melancolía en la voz absolutamente desconocido para Jaime.

Aquella noche Francy no fué a *La Taberna.* Y al día siguiente algunos periódicos de la tarde dieron la noticia de que la bailarina Francy se habia fugado de la Habana con el director de una academia de baile, un bailarín muy famoso que había rodado mucho por Europa.

A Jaime Bagrela le pareció la cosa de una lógica aplastante. Y no volvió a ver más en su vida a la tal Francy.

¿Dónde habían ido a parar en su huída los fugitivos? Seguramente donde van siempre todas las parejas que se fugan.

¡Al caos!

Vivía en el Malecón, ya cerca de la estatua de Antonio Maceo, y era, indudablemente, la perla del paseo famoso.

De aquel paseo, bautizado en una noche de diciembre con el nombre de "el collar de perlas" por la genial Eugenia Zúffoli.

¿Y qué otra cosa que un collar de perlas era aquella sarta ondulada de luces que adornaban el seno azul obscuro del mar nocturno, dibujando el contorno del aristocrático paseo?

Pues la mejor de estas perlas, a cualquier hora del día y de la noche, era ella.

¿Quién era ella? Pues, ésa..., la mujer. Sí; la mejor descripción que podía hacerse de su cuerpo y de su alma era decir que era la mujer arquetipo, la mujer ideal.

Por lo menos para Jaime y para muchos; si les hubieran dicho que fabricasen con la

imaginación un tipo perfecto de compañera del hombre, la habrían fabricado así: alta, esbelta, con el pelo muy negro y los ojos muy grandes, y una serenidad en la cara que se nublaba a veces con un ligero matiz de melancolía, sin el cual no hay rostro bonito de mujer que llegue a cautivar.

Tenía nombre de flor; se llamaba Margarita, como la gran amorosa de las camelias: Margarita Olaverría.

Vino a la Habana hacía cinco años, formando parte de una compañía de zarzuelas y revistas, y se había quedado aquí; hoy día era una verdadera cubana, un adorno más, y de los mejores, de la ciudad de la Habana. Su tipo, perfectamente criollo, encuadraba a maravilla en el ambiente de la ciudad bella.

Jaime Bagrela hubo de conocerla precisamente en el cuarto de Eugenia Zúffoli, en el teatro Martí; Margarita había ido a saludar a su amiga y ex compañera, y Jaime, que estaba allí de pelmazo, fué presentado en una de esas presentaciones forzadas que nada significan.

Desde que la vió quedó prendado de ella;

pero también comprendió en aquel mismo momento que con Margarita Olaverría nada era lícito intentar. Jaime, a falta de otras buenas cualidades, tenía un gran sentido de la realidad, y gracias a él se dió cuenta de que aquella mujer estaba puesta por la vida en condiciones demasiado altas.

Hay mujeres que desarman a sus adoradores importunos a fuerza de soberbia; otras, en cambio, y Margarita era de esas, los desarmaban a fuerza de sencillez. El que hablaba con ella quedaba desconcertado al ver que una mujer de tan supremas cualidades no fuese más orgullosa. Y un hombre desconcertado es siempre un hombre vencido.

Aquella era esa mujer inasequible que hay en los viajes de todo buscador de aventuras. A Bagrela ya le había ocurrido en más de una ocasión; y cuando ciertos éxitos fáciles, y algunos inesperados, halagan la vanidad viril del viajero, surge la hembra inasequible, sagrada.

Uno daría todos los triunfos por el de cuerdo conservase del viaje, ya éste no es-ella, comprendiendo que, aunque sólo su re-

taba perdido; pero es ese precisamente el que falta, amargando todos los demás.

Era como el que se enamorase de un cuadro o de una imagen de la Virgen. Si no estaba loco, ¿qué otra cosa podía pretender más que adorarla desde lejos? Y Jaime se propuso, el tiempo que durase su estancia en la Habana, adorar modestamente a aquella mujer siempre que la viese.

Poco a poco, en días sucesivos, fué completando el conocimiento de la figura moral de Margarita; con cuantas personas hablaba de ella—y hablaba siempre que podía—, entablaba diálogo sobre el mismo tema. Y todos coincidían.

. Margarita tenía un corazón de oro; aparte su simpatía natural, que estaba a la vista, era buena de una manera total y absoluta. Nadie acudía a su casa en demanda de un auxilio que saliese con las manos vacías; explotando su condición de artista, que ella había abandonado del todo hacía algún tiempo, eran legión los compañeros que daban asalto a su bolsa, y los que sin serlo, pedían la dádiva porque sí, porque les hacía falta.

Y ella atendía a todos. Mujer que todo

se lo merecía, habríase dicho que quería hacerse perdonar la altísima posición que ocupaba en la vida, gracias, no a la suerte, como dice el vulgo, sino a sus méritos, procurando que algo de su felicidad y de su bienestar llegase al mayor número posible de personas.

Cuando Jaime llegó a la Habana, hacía poco tiempo, seis o siete meses nada más, que Margarita había sido madre por primera vez en su vida. Tenía una criatura que debía ser feliz de verse en tales brazos.

Era así ya una mujer completa, pues la que no ha sido madre nunca parece que le usurpa a la vida algunos derechos.

Jaime veía a Margarita con frecuencia, aunque no con toda la que él quisiese. Generalmente era en el teatro Martí, donde tenía su palco, y donde su afición—aunque aseguraba muy formalmente no sentir nostalgia alguna del teatro—la llevaba muchas noches. También la veía algún domingo por la tarde en el Hipódromo de Marianao, en aquel soberbio escenario de luz y de flores, que parecía fabricado sólo para que ella se luciese.

Hablar, hablaba con ella muy pocas veces, y procuraba no darla a entender el afecto sincero y profundo que le inspiraba; nada hubiera sido más doloroso para Bagrela que el hecho de que ella hubiera podido tomarle por uno de esos tenorios de sainete que en cuanto hablan con una mujer guapa se creen obligados a hacerla el amor.

La brevísima aventura con Francy había dejado en Bagrela un buen recuerdo; por lo menos aquélla sería una de las pocas mujeres de las que nada ingrato podría recordar nunca. No había habido tiempo para que la infeliz llegase a la grosería, a esa grosería a que llegan indefectiblemente las mujeres con los hombres en cuanto sus relaciones se formalizan un poco.

¡Pero qué diferencia de aquello al afecto que Margarita le inspiraba!

Las luces del Casino de la Playa se veían ya en una revuelta del camino por entre las masas de vegetación.

Era noche de sábado y aquello debía estar espléndido, como todos los sábados. En el soberbio automóvil del representante Albino iba Jaime con la mitad de los cuatro jinetes, a los que, en vez del Apocalipsis, habría que llamar de la Sicalipsis, y la prueba era que dos de ellos, Dixmude y Wassermann, no eran esta noche de la partida, precisamente por seguir el rastro de ciertas aventurillas amorosas.

Ordóñez, el seráfico ex subsecretario, era el tercer ocupante del coche.

El Casino de la Playa, rodeado de un lindo parque a la inglesa, era una demostración arquitectónica de cómo se puede cons-

truir una mansión de lujo y de placer sin salirse de la sencillez.

Desde la entrada rústica, de verdadero *cottage,* pasando por la fuente modelo de elegancia, en cuya copa una teoría de danzarinas de piedra parecían moverse a compás del surgir del agua, y hasta el edificio del Casino, todo era noblemente claro y sencillo, sin que la edificación abrumase en uno solo de sus detalles con aquellos alardes de mazacote presuntuoso que son tan frecuentes en construcciones parecidas.

Ya desde la escalera, a cuyo pie se dejaban los coches, bajo la gran arcada de piedra, un raudal de luz acogía al recién llegado y le envolvía en una oleada de buen gusto.

El comedor estaba inmediato al vestíbulo, y construído de manera que sus muros, severos, no pesaban, no caían sobre el que penetraba en él; parecían perderse en una lejanía de luz, como los de esas casitas japonesas cuyos habitantes pueden hacerse la ilusión de que viven en el centro de una enramada.

Cuando Jaime y sus amigos llegaron estaba el salón casi lleno; las pocas mesas que

quedaban libres estaban reservadas con mucha anticipación.

Les esperaba ya el hermano de Ordóñez, un joven que si no formaba parte de la cofradía del palace, lo merecía, muy seriamente; tal era su natural voluptuoso y su maestría en el baile, en el que hubiera podido poner cátedra en cualquier academia de Gades.

La mesa que les habían reservado estaba al fondo, en un ángulo del salón; reunía excelentes condiciones estratégicas, no sólo porque desde ella se dominaba todo el centro del comedor, donde muy pronto empezarían a agitarse las parejas de bailadores, sino porque, dada su proximidad a las mesas vecinas, la joven que se pasaba la noche dando vueltas ofreciendo una cestita de tabaco, y que era por cierto de singular belleza—la joven, no la cesta—, tendría que pasar rozando con los albos manteles, cosa de la que ya se había apercibido Ordóñez *junior*, que era una fiera para eso de *fajar* señoras.

Entre los comensales había una gran cantidad de americanos del Norte; un treinta o cuarenta por ciento, al menos.

No había necesidad de mirarles con mucho detenimiento, ni de escuchar el idioma que se hablaba en las mesas, para decir desde lejos y sin miedo a equivocarse, cuál estaba ocupada por cubanos y cuál por yanquis.

Y no por la materialidad del tipo físico solamente, sino porque... aquella era una buena ocasión para desmentir la leyenda de que todas las mujeres americanas del Norte son guapas. Espléndidamente vestidas y alhajadas la mayoría de las que habían venido al Casino esta noche, algunas llegaban a ser hasta elegantes, gracias a sus frecuentes viajes a París, pero ¿guapas?

Alguna muy rara, como por excepción, reproducía ese tipo de belleza rubia que se ve en las películas y en las portadas de los *magazines* newyorkinos, pero la mayoría de ellas eran más feas que una indigestión de tasajo.

Y nunca la fealdad de la mujer producía más tristeza que en este medio al que serenamente la contemplaba—si es que la fealdad puede contemplarse serenamente—. Entre luces, entre flores, entre lujo, entre todo el

enorme esfuerzo femenino por resultar seductoras, la que allí resultaba fea es que lo era con ansias.

Felizmente, para borrar la mala impresión de aquellas fealdades americanas, estaban, y en número mayor, las mesas ocupadas por las cubanitas..., por las lindas damas y damitas criollas.

Una vez más confirmaba Jaime su impresión desde que se encontraba en la Habana; era muy difícil que una mujer de aquí resultase definitivamente fea, porque, aun dado el caso de una franca incorrección de facciones, siempre tendría para defenderse dos cosas magistrales: los ojos y el pelo.

Dos cosas muy negras las dos, de color de ala de cuervo, tan atrayente. Para aguantar la mirada de unos ojos de aquellos, tan profundos, era preciso estar muy preparado; la mayoría de ellos aparecían rodeados de un nimbo azulado que no le debía nada a los secretos del tocador, y eran como un fulgor de tinieblas en el centro de una nube obscura. Y el brillo metálico de aquellas cabezas, onduladas en su mayoría, y que ahora lucían más, con esa libertad que da a la

cabellera la moda del cabello corto, ¡cómo atraía! ¡Cómo invitaba a sumergir en él la boca para una purificación de besos!

Muy pronto empezó el baile, que era el verdadero plato fuerte del menú; las parejas, obedientes a la música, colocada al fondo del salón en una especie de escenario pequeño, abandonaban el lenguado al gratin o la pechuga de guinea, para entregarse, con el bocado en la boca, a las dulzuras de un danzón o a los estremecimientos cabalísticos de un *fox*.

Las mesas quedaban medio vacías; sólo permanecían en ellas algunos señores de cierta edad—otros bailaban como peonzas—y algún sujeto a quien un reuma prematuro impedía saborear las delicias de la danza.

Una pareja empezó bien pronto a llamar la atención, destacándose de todas; y no atraía las miradas sólo por lo divinamente que bailaba, con alardes de profesor y elegancias de personas de buen gusto que dan al baile toda su importancia, sino por algo más.

Ella era una chica joven, criolla desde luego, muy bien vestida, muy guapa, y con

una cabecita de melenas de color de ébano, que debía abrigar sueños muy gentiles. El era un señor que debía estar entre los cincuenta y los sesenta, más cerca de la primera cifra que de la segunda, con el pelo blanco peinado a raya, de la cual se desprendía un mechón que le caía sobre la frente, de fisonomía abierta y risueña y de ojillos inteligentes que burbujeaban tras los cristales de unas gafas de gruesa armadura.

Ella era una señorita de familia distinguidísima, según dijeron a Jaime sus compañeros de mesa; él, no necesitó que nadie le dijese quién era; le conocía de sobra por los retratos, que eran ahora los más difundidos por toda la isla; era el general Machado, presidente electo de la República de Cuba.

Jaime le miraba extasiado; bailaba con aquel lindo capullo de mujer, que casi hubiera podido ser su nieta, como protegiéndola, como santificándola más aún con el nevado prestigio de sus canas. Y al bailar, parecía ir diciendo a la gente:

—¿Ven ustedes? Si el baile no es lubricidad, no es un alcahuete del amor, no es tampoco un mero pasatiempo; es esto: es una

obra de arte en la que, como en todas ellas, muy bien pueden colaborar un viejo y una niña.

En el rostro de ella se dibujaba el orgullo legítimo de quien se siente guiada en la danza por unas manos que bien pronto habrán de guiar los destinos de todo un pueblo. Y él seguía llevándola como una pluma por todo el salón, obscureciendo a su paso a todas las otras parejas.

¡Qué bien se explicaba Jaime Bagrela la popularidad inmensa de aquel hombre, viéndole mecerse noblemente en las cadencias de un danzón, el baile popular por excelencia! ¡Desgraciado el estadista, el hombre de Gobierno, estúpidamente estirado, que no sepa echar un baile a tiempo, y entregarse, cuando la ocasión lo pida, al deleite de una diversión!

Pero más desdichado aún el pueblo a quien semejante fantasmón tenga que gobernar.

A Jaime no se le olvidarían fácilmente aquellos bailes del general Machado en el Casino de la Playa. En uno de los intermedios, y terminada ya hacía largo rato la co-

mida, tuvo el honor de estrechar su mano, en el salón donde se jugaba al *keno*.

Hizo la presentación el simpático Albino, verdadera providencia de Jaime en la Habana, y éste no se atrevió a felicitar al general por lo bien que bailaba, a pesar de que la campechana franqueza con que aquél le acogió autorizaba todos los atrevimientos.

Era un hombre que sonreía casi siempre; ¡Qué gran fuerza también aquella de la sonrisa para un gobernante! Tras un rato de charla, Jaime se separó de él; se llevaba la impresión de haberse puesto en contacto con uno de los hombres más completos del mundo. La historia de Cuba diría lo demás.

La fiesta estaba en todo su auge. A la una y media de la madrugada, llenas hasta rebosar las mesas de juego, se bailaba en el centro del comedor en una masa compacta de parejas que apenas podían moverse.

En el centro de uno de los lados más cortos estaba Fontanella, presidiendo una mesa de colegas y de amigos. Como dondequiera que llegaba, él era el verdadero rey de la fiesta, y a él iban todas las miradas, en

muchas de las cuales parecía leerse algo como esto:

—No olvide de dar mi nombre.

—¡A ver si no se da usted cuenta de que he venido!

Pero él se daba cuenta de todo.

En el ambiente había esa *bonhomie* agradable que produce en una concurrencia el consumo de alcohol cuando no se ha hecho en proporciones excesivas. Todo era allí grato, amable, sonriente.

De pronto, Bagrela, a quien sus amigos, sumidos en las combinaciones esotéricas del *keno,* habían dejado un poco solo, sintió como una punzada en el pecho.

Fué como un recuerdo, como si de pronto le faltase aire para respirar. Aquella noche del Casino era realmente espléndida; la combinación de la luz con la belleza de las damas transportaba el espíritu a parajes de ensueño. Allí estaba muy bien, pero... *ella* no había venido.

Faltaba *ella.* A la fiesta le había hecho fuga su mejor adorno; al rosal le faltaba su mejor rosa.

El nunca contó con que viniera; nunca

esperó encontrarla allí aquella noche. Pero es que, en ciertas materias, cuando creemos que nada esperamos, aún nos queda en el subconsciente el germen oculto de una esperanza.

Y, sobre todo, el ver que pasan las horas y nuestros vaticinios se confirman, nos produce una gran amargura.

Ella no venía a la fiesta.

Ella era Margarita.

¿Crees, lector, en la fuerza de las evocaciones? ¿Crees que cuando llamamos con imperio a una persona, se presenta al poco rato ante nosotros, si una circunstancia de tiempo o de lejanía no se lo impide?

Jaime Bagrela, que había terminado por ponerse completamente melancólico, una de las veces que miró a los que bailaban, se quedó extático, con las pupilas fijas, como el que es víctima de una alucinación.

Acababa de ver a Margarita Olaverría bailando en compañía de un señor.

Se restregó los ojos. ¿Sería la fuerza de su deseo la que la reproducía allí imaginativamente, sin que estuviese en realidad?

Para ayudarle a desvanecer sus dudas, ella, como pasase en una de las evoluciones de la danza por cerca de la mesa de Jaime,

fué tan buena—ya hemos dicho que lo era mucho—, que le saludó con una sonrisa.

El contestó como contestaría al saludo de un fantasma: medio embobado. ¿De manera que Margarita había venido al Casino de la Playa esta noche? ¿Qué felicidad era aquella?

Porque nótese que para la actitud en que se había colocado Jaime con respecto a Margarita desde el primer momento, aquello de la contemplación era la suprema felicidad.

El no aspiraba más que a verla, verla siempre. Para los hombres que presumen de prácticos en materias amorosas tal actitud sería absurda. ¿Pero qué otra adoptar cuando, como aquel personaje de Zola, se enamora uno de la imagen de Santa Teresa del Bernini, que hay en una iglesia de Roma, o, como aquel alemán que acabó en un manicomio, concibe uno una pasión por la Venus Calipigia del Museo de Nápoles?

Jaime fué siguiendo con la vista a Margarita. Estaba muy pálida, y aquel color de leche amarfilado de su rostro, surgía como un contraste de pasión entre el negro del

cabello y el color grana obscuro de su traje descotado.

Los ojos, inmensos, los perdía a veces en la lejanía, mientras bailaba; otras, en cambio, los dejaba muy fijos en un sitio, como si interrogase a la quimera.

Pronto se perdía entre las demás parejas. Jaime hacía esfuerzos inútiles por seguirla con la vista; de cuando en cuando, en un claro inesperado, aparecía un brazo de ella, la parte alta de la cadera, un trozo de su cuerpo.

Luego, nada; el vacío absoluto. Porque aunque la pista del baile estaba llena de gente, a Jaime, al dejar de ver a Margarita, le parecía que todo aquello estaba vacío.

Y esperaba, esperaba, mirando fijamente, hasta que en la vuelta natural de todas las parejas ella volvía a presentarse.

Bailaba muy bien, con absoluta dignidad, pero bailaba y bailaba sin tregua. Y a Jaime le hubiera gustado más que se quedase un rato quietecita en su mesa, desde la cual, aunque situada casi al otro extremo del salón, se ofrecía a su vista en cuanto el centro quedaba libre de bailarines.

Así estuvo un largo rato observándola, y como en el curso de aquellos días había dedicado ratos diversos a la misma observación, podía ya confirmar una cosa que al principio no le pareció más que un atisbo.

En el rostro de Margarita había casi siempre, aun en medio de sus mayores alegrías, una leve sombra de tristeza; no era más que una especie de apunte, pero Jaime se atrevía a afirmar que aquello era precisamente lo que hacía su rostro más bello.

Ahora mismo, bebiendo *champagne,* sentada ante una mesa donde tres caballeros estaban pendientes de sus menores deseos para halagarlos, Margarita, como la princesa de Rubén, estaba triste.

Sería tal vez el cansancio de tanto baile; pero el caso era que había en su rostro una palidez melancólica muy interesante.

¿No era feliz Margarita?

Como escribo para personas inteligentes, ya se entiende que hablo de esa felicidad relativa, condicionada y mezquina, a que puede aspirar el ser humano en el caso más favorable.

Pero aun ésa, ¿se acostaba por las noches

en el mismo lecho que Margarita Olaverría?

El hecho de que todas las circunstancias de la vida le fueran favorables, nada quería decir. Tenía belleza, juventud, posición económica, salud...; pero ¡hay personas que tienen todo eso y echan de menos algo más!

Sobre todo, si esas personas son inteligentes; y Margarita lo era en grado extremo. ¿Qué era lo que le faltaba? ¿Qué era lo que la hermosa hembra echaba de menos?

Jaime Bagrela hubiera dado algo por saberlo a punto fijo.

Las gentes vulgares, que, por desgracia, son la mayoría de las gentes, contestarían con una vaciedad o con una grosería; pero Jaime, sin saber en concreto de lo que se trataba, sabía que no era *eso* precisamente lo que faltaba a Margarita.

La noche tocaba a su fin: eran ya muy cerca de las tres de la mañana cuando Jaime y sus amigos tomaban los *autos* que habían de devolverles a la Habana.

Al cruzar de parte a parte el gran comedor para dirigirse al vestíbulo, Bagrela vió que Margarita seguía bailando. Hacía muy bien; con permiso de algunos obispos, cuyo

anillo beso desde aquí, el baile, a más de ser una gimnasia excelente, es una fecunda distracción para el espíritu.

Acaso mientras desgranaba un danzón o un *fox* Margarita no pensase, y cuando no se piensa, sabido es que no se sufre.

Jaime se despidió de ella con una mirada. Sus ojos fueron lo último de toda su figura que en las evoluciones de la danza vió el hombre aquella noche.

¡Oh, poder mágico de los ojos de una mujer! Porque la fiesta, que se repetía todos los jueves y sábados, había sido espléndida; el escenario era mágico, y la comedia representada en él no podía ser mejor; y, sin embargo, lo que quedaría como recuerdo imborrable en el ánimo de Bagrela, lo que sería para él como el fondo y el resumen de todo lo sentido y gozado, sería la imagen de Margarita, pálida danzarina infatigable, adormeciendo sus secretas melancolías al compás de la música de un danzón.

Si a Jaime Bagrela le hubieran nombrado miembro de un Jurado para adjudicar un premio a la calle más simpática de la Habana, su voto habría sido para la de San Rafael.

No era la más amplia, tampoco la más moderna; no era en ella donde se encontraban los edificios mejores y más suntuosos de la ciudad, pero sí era la que tenía más espíritu entre todas.

¿Qué mujer bonita de la Habana dejaba de pasar, por lo menos una vez al día, por la calle de San Rafael?

Y en el atractivo de toda la jornada tenía sus horas predilectas; eran éstas las de once a una de la mañana y las de cuatro a seis de la tarde en esta época del invierno. En ese lapso de tiempo el pasar por el primer trozo

de la aristocrática vía era proporcionarse un placer de muy difícil sustitución.

Porque aun cuando la calle salía del Parque Central y se prolongaba en un largo recorrido hasta las cercanías de la Universidad, cuando en la Habana, familiarmente, se decía calle de San Rafael, se entendía aquel trozo que va desde su comienzo hasta el cruce con Galiano.

Algunas otras de la ciudad querían competir con ella; tal la antigua del Obispo, célebre en la historia de la Habana, donde el comercio de lujo tenía muy lucida representación, y que era también paso obligado de las lindas ciudadanas que iban de compras o simplemente de callejeo.

Pero ninguna tenía ese aire discreto y suntuoso a la vez de la que se honraba con el nombre del glorioso arcángel.

El soberbio edificio del teatro Nacional le servía dignamente de vestíbulo, y al terminar el desarrollo de su fachada empezaban las tiendas de artículos de lujo, las perfumerías, las vitrinas en que las sedas y los trajes de señora son una forma de la tentación, las dulcerías elegantes.

De noche sobre todo, al encenderse las luces de las vitrinas, el paseante quedaba prendido en la magia de aquella exposición de cuanto atrayente y sugestivo ha fabricado la industria humana.

Y, sin proponérselo, aunque fuera de prisa en una dirección determinada, tardaba seguramente el transeunte una hora larga en recorrer las cinco cuadras que había hasta llegar a Galiano.

Se ha nombrado antes a la tentación, y eso era en efecto la calle de San Rafael: una perenne tentación... Lo que son, en París, la *rue* de la Paix; en Buenos Aires, la calle Florida; en Roma, el corso Humberto.

Cuando una virtud de mujer vacila, no hay más que trasladarla con la imaginación a una de esas calles. En las ciudades respectivas, ¡cuántas veces el nombre de la vía famosa habrá sido deslizado en el oído de la presunta víctima por los galanteadores de profesión!

Jaime pensaba muchas veces todas estas cosas en sus frecuentes paseos por la calle de San Rafael; cruzaba en zig-zag de una acera a otra, sorteando la cadena ininterrum-

pida de los fotingos, para que no se le quedara nada por ver y por saborear.

Pero no era fácil el entregarse pacíficamente a la mera contemplación de las vitrinas, porque a lo mejor, cuando más tranquilo estaba viendo un nuevo modelo de medias de señora, o admirando una forma nueva de cuellos de caballero, ladeaba un poco la vista, y una muchacha que pasaba por el borde de la acera, o una madre y una hija que casi le rozaban al pasar, le hacían cambiar de postura, y entonces... eran otros los fotingos que contemplaba.

No podía haber vitrina en el mundo que fuese tan atrayente como aquellas otras vitrinas humanas que circulaban por las aceras: su simple contemplación producía deleite, pero también dolor.

Dolor, sí, porque duele en el alma, y acaso en otra parte de nuestra fisiología, no poder apoderarse, aunque sólo sea para juguetear con él durante unas horas, de un cuerpo de mujer que despierta en nosotros todos los apetitos.

En la Habana, por culpa de ellas, el apetito estaba siempre con las fauces abiertas.

¿Qué misterio de sensualidad se escapaba de estas ninfas del trópico? ¿Era la manera de mirar? ¿Era aquella expresión entre sensual y soñadora de la cara?

Analizarlo era quererse explicar lo inexplicable; y mejor que un análisis era entregarse a la admiración sin condiciones durante un largo rato. La vista trabajaría, y, aunque parezca que no, de esta clase de trabajo siempre queda algo.

Continuamente los simples fotingos y los *autos* de lujo depositaban a la puerta de los comercios nuevos ejemplares de mujercitas; había que detenerse en la acera para dejarlas paso, operación que el transeunte hacía con muchísimo gusto, porque ello le permitía intensificar la adoración.

Algunas de aquellas benditas hijas de Eva dejaban tras sí una estela de perfumes; otras, sólo el olor de la carne limpia. Pero no era el olfato, era la vista la que se iba tras ellas hasta que se perdían en el interior de los establecimientos.

Y la marea se renovaba sin cesar. En otras partes se cuentan las mujeres guapas que se ven: aquí habría que contar las feas.

Sin hipérbole y sin adulación ninguna, podría decirse que el porcentaje de las... *indésirables* era en la Habana menor que en ninguna otra ciudad del mundo.

Pero Jaime Bagrela miraba hasta a las feas. ¿Por qué no? En primer lugar, para convencerse plenamente de que lo eran, pues las había que de lejos lo parecían y luego, al acercarse, ofrendaban muy agradables sorpresas. Además, por admiración a su heroísmo.

No era poco el que se necesitaba para venir a aquel concurso de belleza que era la calle de San Rafael a ciertas horas con una cara de *foxterrier*.

Pero una vez en ella, se diría que el ambiente de la calle las ganaba; contagiadas por el medio, las feas lo parecían menos, y hasta se agradecía que estuvieran allí como contraste para que luciera más la belleza de las hermosas.

Tal era la magia y tal era el prodigio de la calle de San Rafael de la Habana.

Además, en la calle de San Rafael estaba situado "El Encanto".

¡"El Encanto"!

Nunca comercio alguno tuvo nombre mejor. Era, como todo el mundo sabía, no en la Habana, sino en la isla entera, un gran almacén estilo París, el mejor de la ciudad y de muchas ciudades con pretensiones.

Desde que se entraba en él, el ánimo se ponía a tono con la atmósfera de lujo de la casa, y el tiempo que se permanecía en sus diversos locales todo el espíritu vibraba en un ambiente de bienestar.

Era curiosa la historia de la casa, que reproducía en la Habana el sueño mágico del inmortal Emilio Zola en su *Bonheur de dames*.

El primitivo "Encanto" no fué más que una tiendecita pequeñísima, que ocupaba el ángulo de San Rafael y Galiano, y, en realidad, con decir que hoy día los grandes al-

macenes ocupaban casi—y muy pronto desaparecería ese casi—la manzana entera, estaba hecha la historia de la casa.

Era un esfuerzo continuo, ininterrumpido durante varios años, que había florecido en el espléndido resultado actual.

Había un episodio en la historia de "El Encanto" realmente emocionante; la cosa fué en el año 1898, fecha imborrable en la memoria de todo cubano. Al tomar las tropas americanas posesión de la ciudad de la Habana, se convino en que lo fueran haciendo por sectores y en varias jornadas; al llegar al límite de cada sector los destacamentos de ocupación, se izaba la bandera americana, cesando *ipso facto* la antigua soberanía.

La operación se efectuaba de día, como era natural, y las tropas acampaban, para pasar la noche, en el límite del sector de la ciudad donde les había sorprendido la puesta del sol. Uno de los límites de un sector era precisamente el eje de la calle de Galiano —hoy avenida de Italia—, en la parte cercana a San Rafael, y que correspondía al frente de una de las fachadas de "El Encanto";

asomado a uno de los balcones de ese frente estaba en la tarde memorable uno de los propietarios de la casa.

—¡Ya llegan! ¡Ya llegan!—se decía con ansiedad.

Con toda la ansiedad que puede sentir un hombre que sabe que dentro de unos momentos, sin moverse de su sitio, va a ser un extranjero en el lugar en que empezó a trabajar y en que cimentó su fortuna.

Pero la tarde iba avanzando; periódicamente, en diversos puntos de la ciudad, se iba izando en los aires la bandera americana. El propietario de "El Encanto" veía ya desembocar desde la otra parte de la calle de San Rafael en Galiano los uniformes de las tropas yanquis.

—¡Todo se acabó!

Pero para proferir su frase pesimista no había contado con el sol. El cual se puso en aquel momento; y al ponerse, suspendióse la ocupación hasta el día siguiente. Parecía como si la fachada de "El Encanto" hubiese contenido para siempre la avalancha invasora.

No fué para siempre, sino sólo para doce

horas; pero durante ese tiempo, durante esa última y definitiva noche, "El Encanto" disfrutó de una tregua, y su propietario pudo dilatar su pecho en los suspiros de una agonía que se prolonga.

Jaime Bagrela recordaba la anécdota—que parecía un cuento de Guy de Maupassant—al penetrar en esta tarde en el aristocrático comercio.

Eran las cinco en punto, la hora crítica. Para penetrar por el primer hueco que daba a San Rafael había tenido que atravesar una verdadera muralla de *autos,* casi todos particulares, que aguardaban a que sus ocupantes hicieran sus compras, después de haber recorrido las distintas secciones del almacén de arriba abajo.

Aquello era como una feria de la belleza y de la elegancia; las mujeres más bonitas de la ciudad parecía que se daban cita todos los días a aquella hora en el suntuoso local.

Dentro de él circulaban por doquier; pero había secciones, como la de perfumería y la de confecciones de señora, donde la estación que hacían era siempre mayor. Y, como era natural, el elemento masculino del concurso

acudía también allí, como acuden las moscas a la miel.

Y no eran sólo las compradoras las dignas de admiración. ¡Había cada vendedora en la casa!

Muy cerca de seiscientos eran los empleados que "El Encanto" mantenía. En la parte más moderna de la casa, es decir, en el suntuoso edificio alzado hacía poco en la calle de San Miguel, estaban los comedores donde el personal, por turno, para no dejar nunca abandonado el despacho del público, acudía a las horas de las comidas; eran locales amplios, ventilados, donde otro lujo distinto del de las sedas y las joyas de afuera, pero más práctico, estaba puesto al servicio de los que con su trabajo daban vida a la casa.

Ese trabajo se hacía sobre las bases modernas de colaboración entre él y el capital, que es norma ya de conducta en toda empresa que no esté dirigida por usureros. El empleado estaba interesado en el negocio de una manera decorosa; y aquella casa del lujo y la elegancia, con la que soñaban todas las cabecitas femeninas de la Habana, estaba ar-

ticulada por dentro en una estructura moderna, que merecía por ello tanta fama como por el buen gusto con que adornaba sus vidrieras.

Más que un comercio, era en la ciudad un centro social; en los salones de sus pisos altos se celebraban exposiciones de artistas famosos, se daban conferencias, se organizaban reuniones.

Y, desde luego, no había personalidad de relieve que pasase por la Habana que no visitase "El Encanto"; en un álbum de visitas, el simpático establecimiento hubiera podido reunir los nombres de cuanto sonado e ilustre había visitado la ciudad desde hacía muchos años.

Jáime Bagrela, en la tarde de hoy, fué derecho, al entrar, a la sección de corbatas; hombre de buen gusto, cuando en la Habana tenía que comprarse alguno de esos trozos de tela con que los humanos nos adornamos el cuello, no se le ocurría comprárselo a los polacos que infestaban las calles de la ciudad.

Para llegar donde iba tuvo que sortear, con gran contento, una serie de grupos de muchachitas y señoras mayores, que habla-

ban con ese tono dulce y acariciador que es uno de los atractivos de la mujer cubana.

Pendientes de unas varillas de metal había, no cientos, sino miles de corbatas; empezó a mirar unas cuantas de ellas, y, como se enamorase de una morada sin pintas que había medio escondida entre las demás, al ir a alcanzarla tropezó levemente sin querer con el codo a una dama que, a su lado, se dedicaba también a la tarea de elegir—sin duda para su marido—una de aquellas prendas.

En la tal dama, Jaime no se había fijado hasta el momento; ella se volvió al sentir el contacto, y él no pudo formular la frase de petición de excusa porque se quedó mudo de emoción.

Ella sí habló, pero no dijo más que esto:

—¡Jaime!

—¡Nita!—pudo él decir al cabo, haciendo un esfuerzo muy grande.

A los tres días, y a las nueve en punto de la mañana, Bagrela se apeaba de un fotingo ante una de las puertas del palacio presidencial.

Dos días antes le habían llevado al simpático hotel "Telégrafo", donde vivía—por ser el hotel más cordial y acogedor de la Habana—, un señalamiento de audiencia con el presidente de la República para la mañana de hoy.

Aquello se lo debía a la diplomacia y al buen tacto del representante Albino, que por lo visto tenía decidido empeño en actuar de providencia de Bagrela en lo que durase su estancia en la Habana.

Jaime, aun antes de venir a Cuba, había oído hablar mucho del doctor Alfredo Zayas; amigos y adversarios, suponiendo que tuviera adversarios de verdad un hombre tan

leal y ecuánime, estaban de acuerdo en que el actual jefe de la nación cubana era un hombre de inteligencia superior, de espíritu cultivado, una de esas *rara avis* que pasan por el mundo de la política muy por encima del medio y del ambiente que les rodea.

El tropezarse en este pícaro mundo con un hombre de talento no es cosa con que nos obsequie a diario la bondad del Sumo Hacedor; y Jaime Bagrela no quiso marcharse de la Habana sin ponerse en contacto con el doctor Zayas, seguro de que de su entrevista con él conservaría un buen recuerdo.

El palacio presidencial de la Habana era un monumento a la luz; construído hacía sólo cinco años, era un acierto de su autor. No había un rincón, por modesto que fuese, en la más humilde de sus dependencias, donde no entrasen el aire y la luz a verdaderos raudales.

Un ascensor depositó al visitante en el primer piso, que era en su mitad destinado a oficinas, y en él subió en otro ascensor más lujoso, que le depositó en la parte de palacio destinado a residencia del señor presidente.

Era una impresión de agrado, de bienestar la que se experimentaba al desembocar en la gran galería que contorneaba el *hall* de entrada al palacio; asomándose a uno de sus barandales de piedra se veía toda la suntuosidad de la escalera, que en los días de gala o de recepción esplendía con toda la magia de una verdadera ascua de luz.

La gran cúpula del edificio, punto culminante de la ciudad, que se veía desde todas partes, y para el viajero que llegaba por mar era como el señuelo que fijaba su atención, venía a servir de techumbre a aquel *hall* y a aquella escalera, y ello daba al conjunto de aquella parte del edificio una alegría especial.

No había en el mundo ningún edificio oficial, fuera de construcción antigua o moderna, más desprovisto de ese carácter hosco y ridículamente severo que suelen tener las mansiones en que se alberga el Poder; la residencia del jefe supremo del Estado cubano era una casa alegre y elegante, en feliz consorcio de esas dos ideas.

En el testero principal del gran *hall* había un fresco de proporciones enormes, tan

enormes como importante era el hecho histórico que conmemoraba. Se reproducía en él el episodio principal de la batalla de Victoria de las Tunas, y en el centro de la obra aparecía el que fué más tarde presidente de la República, general Menocal, mandando las fuerzas que tanto se distinguieron en aquel hecho de armas.

Contemplando estaba el magnífico dibujo Jaime Bagrela, cuando una voz suave resonó a su espalda:

—¿El señor viene para una audiencia con el señor presidente?

Era Manuel, el portero mayor de la casa, hombre simpático, que gozaba de toda la confianza del doctor Zayas.

—Sí, señor—replicó Jaime volviéndose.

—Pues haga el favor de venir por aquí. Así, cuando le llamen, podrá acudir en seguida.

Le condujo a otra galería próxima que daba a un patio interior del palacio; allí, abierto al cielo azul purísimo, el raudal de luz era mayor. Pero allí, como en todas partes del palacio, la construcción daba una idea de limpieza arquitectónica, de cosa recién

terminada, que es la alegría de los edificios.

Aquel palacio, pulido y brillante, no parecía tener ni siquiera los pocos años de que databa su construcción.

Todo él era un fanal de luz. Acodándose a la balaustrada de la galería, Jaime veía abajo el gran patio, donde bullía todo ese movimiento de los centros directivos en los días laborables. A la izquierda, entrando desde la calle, estaba el cuerpo de guardia, en el cual un soldado *morenito* dialogaba con su fusil, cual si pensase en cosas muy lejanas.

El mobiliario de la galería en que Bagre-la se encontraba era claro y de materias livianas, como el del hotel de una playa o de un casino de balneario. Espaciados por la pared había unos floreros de cristal, en los que triunfaban unas rosas rojas que, por lo pimpantes, debían estar recién colocadas en las horas frescas de la primera mañana.

Se adivinaba en aquel detalle tan lejos del *confort* oficial, y en algún otro, la mano de una mujer. Todas las estancias que en los tres lados daban a la galería—el cuarto paño eran el *hall* y los salones de entrada—

eran la residencia particular del presidente; una nenita muy rubia, acompañada de una niñera, cruzó por allí y se metió en una de las habitaciones. Un servidor negro, vestido de *smoking*, algo así como un mayordomo distinguido, pasaba con frecuencia de una a otra de las estancias, y un criado mulato iba y venía con bandejas de desayuno.

En el ángulo más cercano a donde Jaime se había instalado, y ante una puerta pequeñita, se agrupaban los ayudantes de servicio con el jefe del Estado, algunos altos funcionarios que aguardaban ser recibidos por aquél, representantes en la Cámara... Los citados para las audiencias, que ya eran en número considerable, se habían sentado tranquilamente en los silloncitos y divanes de aquella que parecía ahora una galería de convalecientes.

Y de cuando en cuando, cruzando rápidos para entrar en una oficina, con ese aire precipitado de las personas a quienes no les gusta perder el tiempo, se veían todos esos elementos un poco difíciles de definir—pedigüeños, aspirantes, agentes de las peticiones y de las aspiraciones de otros—que cre-

cen siempre en los alrededores del Poder como plantas parásitas en el tronco de un árbol frondoso.

Pasó como una media hora; algunos señores, armados con carteras repletas de papelotes, habían entrado por la puertecita misteriosa y salido al poco rato. Después de una hora de aquellas salidas, un oficial del Ejército de los que en el día de hoy estaban de guardia con el presidente, salió a su vez a la galería, y acercándose amable y correcto a Jaime le preguntó:

—¿Usted es el señor Bagrela?

—Servidor de usted.

—Tenga la bondad de venir por aquí.

Le dejó en el mismo dintel de aquella puerta, que parecía la del departamento de un hotel lujoso, y, haciéndose a un lado, le invitó:

—Puede usted pasar.

Porque era allí, detrás de aquella puertecita casi humilde, donde trabajaba el presidente de la República.

Antes de llegar a su despacho privado, el pasillo hacía un recodo en ángulo recto, y, pasado éste, se veía al frente una puerta abierta; a través de ella y aun antes de entrar, Jaime Bagrela vió de pie, sola en el centro de la estancia, la figura noble y austera del doctor Alfredo Zayas.

Los espíritus que presumen de despreocupados afectan cierta indiferencia, que ellos creen elegante, al acercarse a estos hombres que, como Zayas, tienen, mucho antes de morirse, una página en la Historia. No es verdad: no se pone uno en contacto con ciertas individualidades sin experimentar una fuerte sacudida emocional.

Jaime estrechó la mano que el presidente

le tendió con verdadera complacencia; muy joven era él todavía, casi un niño, cuando oía hablar de Zayas como de un hombre que lo había sacrificado todo a la independencia de su patria. Al verle ahora en persona, solos los dos en aquel despacho abierto al aire libre por dos de sus paredes, Jaime creía evocar muchos recuerdos de su juventud.

Sentáronse frente a frente, separados por un velador cargado de periódicos.

—Tengo que ir leyendo la prensa así, poco a poco, entre visita y visita, porque me gusta leerlo todo y enterarme del mayor número posible de cosas.

Hablaba con una voz grave, pero con tono familiar.

Aquella charla, que duró una hora, dejó gran huella en el espíritu de Jaime; mucho tiempo después, tenía que someter sus recuerdos a un verdadero análisis para ordenar las muchas cosas de sustancia que habían salido de los labios del insigne estadista.

—Yo he tenido siempre—le decía el doctor—como norma de mi conducta interna unas palabras del gran José de la Luz Ca-

ballero: "En el mar estamos, fe y adelante." Yo, desde muy joven, he estado siempre en el mar, porque he estado siempre en la lucha; la fe no la he perdido ni un solo momento, y en cuanto a seguir adelante, así pienso hacerlo hasta el fin de mis días.

Jaime, muy brevemente, se permitía algunas preguntas. Contestando a una de ellas decía el presidente:

—A mí el ejercicio del Poder, de este supremo Poder que mis conciudadanos pusieron entre mis manos, me ha servido para decantar mis sentimientos y mis creencias de toda la vida. Sinceramente creo que no es un exceso de amor patrio el que me inspira al decir que Cuba es uno de los países mejor abonados para que fructifiquen todas las semillas civilizadoras. Y la cosa no es ningún misterio; en el poco tiempo que lleva usted entre nosotros, señor Bagrela, ¿ha podido comprobar el instinto con que el pueblo cubano rechaza todos los fanatismos, vengan de donde vengan?... Se diría que nuestro clima sirve para templar todas las ideas que arriban a nuestras playas; tomamos de las doctrinas lo poco o mucho que

tengan de aprovechable; así ha pasado con el sindicalismo, con la doctrina bolchevique después y con los fanatismos del otro lado, es decir, con los que se predican en nombre de una idea religiosa.

—Así que su fe en los destinos de su patria...

—Absoluta; más tengo ahora que cuando empuñé las riendas del Poder. ¿Qué nubes hay en nuestro porvenir como nación? Aparte lo imprevisto, cuya profecía no pertenece a nadie, ¿qué peligro hay a la vista? Nuestra situación internacional es inmejorable, y eso, para un país joven, tiene mucha importancia. ¿Que hay quien se queja? La queja está bien, y hasta es necesaria muchas veces; pero por encima de los lamentos está la realidad de las cosas.

Alguna vez, desde su llegada a la Habana, Bagrela había oído decir que el doctor Zayas era un hombre de mucho talento, pero de un escepticismo absoluto. Al oírle hablar, pensaba Jaime que tal vez aquel retraito del presidente que algunas personas hacían naciese de una confusión: de creer que la serenidad para juzgar y la poca frecuen-

cia de las exaltaciones y de los apasionamientos tenía algo que ver con el escepticismo.

En todo caso, el escepticismo del hombre de doctrina que era el doctor Zayas, venía a ser un escepticismo de orden puramente filosófico. Y si no se quería así, era que en él se cumplía esa ley común a todos los escépticos: cuando uno de ellos cree en una cosa se afianza a ella con todas las fuerzas de su alma.

Y el doctor Zayas creía en su patria con esa fe absoluta y total de que sólo son capaces los escépticos.

—En cuanto al porvenir mío particular, que, por ley de vida, no puede ser muy largo, creo que seguiré fiel a mi máxima de siempre: ni alegrarme ni entristecerme demasiado por nada. Máxima que no obedece a un cálculo, sino a mi temperamento. Me emociono como el primero con lo que realmente creo merecedor de una emoción; pero cuando llega la hora de actuar en algún sentido, procuro revestir mis decisiones del tono blanco de la imparcialidad. Lo considero

un deber, pues en la vida no actúa uno para uno solo, sino para los demás.

Sabias palabras, y todo un carácter el hombre que las pronunciaba. No habían engañado, ciertamente, a Jaime Bagrela, y cada vez se alegraba más de haber solicitado aquella entrevista.

Llevaba él dos meses en la Habana, poniéndose en contacto con cuanto de frívolo y bullicioso había en la ciudad; bien estaba que, como coronamiento de su tarea de observador, se pusiese en presencia también de lo fundamental, de lo básico de un pueblo.

Por la boca del presidente Zayas le hablaba el alma de la nación. Cuba era así, un pueblo abierto a todos y a todo, comprensivo para las exigencias jocundas de la vida, de un perfecto equilibrio sentimental, sin esas estridencias histéricas de otros países lejanos que han representado mucho en el mundo, pero que ya no son más que un montón de escombros poblados de ratones con el hígado enfermo.

Bagrela, oyendo a Zayas, pensaba en la verdad de sus palabras: el tesoro más es-

pléndido de Cuba era su porvenir. ¡Y cuánto más interesante no es un pueblo que mira al porvenir, que esos otros que tienen una historia, para que en nombre de ella se justifiquen todos los atropellos y todas las vilezas!

Aún hablaron de muchas cosas más el presidente y el visitante. Jaime vió llegar con amargura el final de la entrevista.

Pasarían unos meses y aquel hombre, abandonando la suntuosidad de aquel palacio—cuyos salones oficiales, verdaderamente regios, visitó Bagrela después de la entrevista con el presidente y por atención delicada de éste—iría a refugiarse en su vida particular.

Pero su ausencia sería ficticia; mientras viviese seguiría siendo el faro de la política de su patria; y ya se sabe que a los faros se vuelven los barcos en medio de los peligros de la noche. Y después de su muerte quedaría el ejemplo de su vida y de su doctrina.

Cuando Jaime salió de la audiencia, la galería estaba llena de gente que esperaba.

El salió del palacio a la luz vivísima del sol del mediodía de febrero, con una nueva energía en el espíritu. No hay nada más dinámico que el trato y el diálogo con un hombre de talento.

—Ya ves que mi historia, desde que llegué aquí, se puede escribir perfectamente en un papel de fumar.

Estas palabras se las decía como resumen Nita a Jaime, entre unos filetes de pargo y un asado de ternera, en el comedor del hotel "Telégrafo", sin disputa el más alegre comedor de todos los de la Habana.

El la había invitado a comer aquella noche, y como le diese a elegir el sitio, ella dijo:

—Llévame al "Telégrafo".

—¿Es porque sabes que vivo allí?

—Te juro que no; es porque en ninguna parte como en aquella sala, amplia, alta de techo, inundada de un raudal de luz y a los sones de aquella orquesta, me siento más a gusto y atenúo más el suplicio que para mí supone toda comida.

Y al hotel "Telégrafo" fueron y en una de

las mesas del centro se instalaron; y al confeccionar el menú, sabedor Jaime de que aquel hotel, donde siempre se comía muy bien, tenía justa fama por la bondad de sus asados, encargó uno de ternera, que realmente era cosa suculenta.

—¿Y eso es todo lo que has hecho desde que llegaste a la Habana?

—Todo.

—¡Bah!

—¿Qué? ¿Te parece poco? He vivido.

—Eso sí.

Lo que había hecho era simplemente empezar a comerse unos livianos ahorros que traía de París y que, al convertirse de francos en dólares, sufrieron una disminución muy sensible. Después entró como vendedora en una casa de modas que había en el Prado, en la acera de la brisa, y hacía un mes nada más que un buen señor, bueno en toda la extensión de la palabra, la había instalado en un hotelito de la Víbora, donde iba a verla dos o tres veces por semana, y de donde ella apenas salía para venir a la Habana.

—Yo me he alegrado mucho de que sea

en la Víbora, porque el camino de allí al centro de la ciudad no está nada bueno, y así no era fácil que a ti se te ocurriera ir por allí.

—Pero ¿por qué tenías ese interés en que yo no te viera?

—Porque al salir de París, para mí es como si hubiera salido del mundo: no quería acordarme de nada, y tenía miedo de que así como por el hilo se saca el ovillo, relacionándome contigo volviese a relacionarme con todo lo de allá.

—Entonces ¿no te alegras de que nos hayamos encontrado la otra tarde?

Ella sonrió, enigmática y dubitativa, antes de decir:

—Eso ya es otra cosa.

Se habían metido en el asado. Realmente aquello estaba muy bien; la orquesta del hotel tocaba una fantasía de *Carmen,* y nuestros comensales estaban ya un poco animadillos, gracias al vino consumido en abundancia: un Sauternes y un Medoc que teñían las preocupaciones de color de rosa.

—Lo que no comprendo—decía Jaime—es cómo viviendo en el reparto de la Víbora,

me decías en aquella célebre carta que me mandaste al hotel que *estabas muy cerca de mí.*

—No te fijas; yo sólo vivo allí desde hace un mes. Antes estaba en el comercio del Prado.

—¿Y vivías allí?

—Es claro. En los altos.

—¡Cómo no te habré yo visto nunca!

—No era fácil. ¿A qué tenías tú que ir a una tienda donde sólo se venden artículos para señoras? Ya contaba yo con eso.

—Podía haber ido a comprarle alguno de esos artículos a una señora.

Nita se le quedó mirando, y explotó en una carcajada.

No dijo nada, pero todo aquello quería decir:

—También contaba yo con que no te daría a ti por comprarle nada a ninguna señora.

Por lo visto no guardaba muy buen recuerdo de sus esplendideces con ella en París.

Jaime, al llegar al helado, se había puesto ya completamente romántico.

—Mira, chica, yo creo que ya que la Pro-

videncia ha hecho que nos encontremos —porque esto ha sido, indudablemente, cosa de la Divina Providencia—cuando menos lo esperábamos ninguno de los dos, debemos procurar que el encuentro tenga un fin práctico.

Ella, que se llevaba a la boca en aquel momento uno de aquellos helados, obra maestra del repostero del "Telégrafo", dijo, suspendiendo la operación:

—¿A qué llamas tú un fin práctico?

—Demasiado lo sabes; yo quiero que continuemos la historia comenzada en París.

Nita se había quedado pensativa, sin dejar por ello de deglutir.

—¿Y para qué?... ¿No dices que te marchas de la Habana dentro de muy pocos días?

—Precisamente por ello. Mi marcha debe ser una garantía para ti; si yo fuese mujer, amaría siempre a los hombres que están a punto de marcharse; con ellos no puede haber más disgusto que, si acaso, el de la separación.

—Eso sí...

Había terminado la comida. En el co-

medor se renovaba la tercera tanda de comensales, porque, a pesar de la amplitud del local y de ser muchas las mesas, el público acudía tan numeroso al *restaurant* del hotel "Telégrafo", que siempre había gente en espera de sitios desocupados.

—¿Dónde vamos?—preguntó ella, ya bajo los portales.

—¿Me dejas que guíe yo?

Tras una breve vacilación y una sonrisa no tan breve, ella dijo, como quien pone el final lógico a un asunto:

—¡Bueno!

Un fotingo, ese fotingo que siempre pasa a tiempo por las calles de la Habana cuando alguien lo necesita, acogió a la pareja y, después de dar unas vueltas por el Malecón, hermoso en la total hermosura de sus noches, fué a detenerse ante la puerta de una lujosa vivienda de la calle de San Lázaro.

Allí vivía una mujer providencial y simpática, llamada Vita, y bajo su protección, Jaime y su novia reanudaron aquella noche la historia comenzada en París.

Jaime Bagrela, en las postrimerías ya de su estancia en la Habana, conoció a un hombre.

Esto de un hombre merece una aclaración; seres pertenecientes al sexo masculino hay muchos; hombres hay muy pocos. Y Alfredo Manzanedo, así, con ese nombre cacofónico y todo, era un hombrecito, en la más amplia y noble acepción del vocablo.

Una de las ventajas de los viajes—pensaba Bagrela una de las muchas veces que estrechó la mano de aquel hombre—es que con el cambio de medio, se pone uno en contacto con ejemplares valiosos de la Humanidad, de los cuales quedan ya muy pocos, pero que tienen la virtud tónica de reconciliarle algo con ese rebaño de carneros biliosos que se llama pomposamente el género humano.

Y Alfredito Manzanedo era uno de esos valiosos ejemplares.

Propietario de un gran periódico en la Habana, aunque éste era sólo uno de los muchos aspectos de su personalidad, se había propuesto hacer de él el primer diario de la ciudad, y llevaba camino de conseguirlo.

Porque la nota acaso dominante de su carácter era ésa; en sus empeños llegaba hasta el fin. Era un hombre esencialmente dinámico; una voluntad al servicio de una fuerza.

Poseedor de una gran fortuna, que se había amasado con sus puños, era millonario a los treinta y cinco años, y manejaba sus millones con un juego muy meditado, pero en el que nada tenía que ver la avaricia.

Una buena mañana, al pasar por frente a esa deshonra de la ciudad de la Habana que se llama el mercado de Colón, ofendido en su buen gusto tanto como en su pituitaria, decidió dotar a la urbe de un gran mercado digno de ella. Y lo levantó en unos meses, sin ayuda de nadie, y aun con la ene-

miga de alguien, que tenía plena obligación de no entorpecer su obra.

El mercado de Colón seguía en su sitio, pero eso ya no era culpa de Manzanedo. En aquella parte de la Habana, la más europea, la más suntuosa, frente a la esplendidez arquitectónica del palacio presidencial, entre los alardes ultracivilizados de los hoteles "Plaza" y "Sevilla", se alzaban las fachadas infectas del mercado de Colón, como una pústula gangrenosa en la mejilla de una mujer bonita. El mal olor salía de continuo a raudales por aquellas arcadas que parecían las de un cementerio de grajos, y aquello, más que un sitio destinado a la venta de artículos de comer, parecía una invitación a ponerse a dieta para toda la vida.

¿Se libraría pronto la ciudad de aquel espantoso funerario, con sus tiendas de zoco y sus colonias de moscas propagadoras del tifus? Había que esperarlo.

Mientras tanto Manzanedo proseguía su obra de hombre optimista que cree en el triunfo de la tenacidad.

Un domingo en la mañana Bagrela fué su huésped en la magnífica finca de campo

que el millonario poseía a varios kilómetros de la Habana, en el límite ya de la provincia.

Era, indiscutiblemente, una de las mejores haciendas de toda la isla; su extensión era enorme, y a la entrada de ella, en la primera parte del batey, cercana a la carretera, estaba la casa, un suntuoso *chalet* de estilo y gusto inglés, en el que Manzanedo daba un poco de descanso a sus nervios del sábado al lunes de cada semana.

¡Qué oasis de paz! ¡Qué remanso suntuoso de olvido! Muchas magnificencias, muchas pruebas del buen gusto y del excelso sentido de la vida de los cubanos había visto y saboreado Jaime Bagrela desde su llegada de Europa; pero en aquella finca de Manzanedo podía decir que había llegado al colmo su caudal admirativo.

La enorme extensión del batey, que por sí sólo valía lo que muchas haciendas completas, era un paraíso en el que cada variedad de la fruta tropical tenía, no una representación, sino un bosque consagrado a ella. El café y el tabaco que Alfredo consumía era cosechado allí, a un tiro de bala de la casa; Jaime vió el cafetal, con sus plantitas

rizadas que abrigan aquellas cápsulas productoras de la más dinámica de las bebidas, y se extasió ante la vega donde la hoja pomposa y ancha del tabaco formaba como un mar de verdura. De aquel mar subía al olfato un olor fino, penetrante, embriagador, que le recordaba el aspirado ya por él en su visita a la fábrica de Henry Clay, y que evocaba en el espíritu volutas de humo de las sobremesas elegantes y de las salas de los casinos de lujo.

En el centro de un vergel en el que predominaban los plátanos, había un gran espacio rodeado de una cerca de alambres; era un bosque más espeso dentro de otro bosque; pero un bosque en el que había de todo lo que suele haber en los de las leyendas.

Hadas y gnomos puede que hubiera en él. Jaime vió en más de una ocasión moverse la espesura, dar un salto gracioso un lindo animal y plantarse descarado mirando a los visitantes, que le contemplaban desde fuera.

Era un venado, uno de los animales más graciosos de la creación, con la cara en punta, como olfateando todo en el espacio, y

firme el cuerpo sobre sus cuatro patitas, de una delgadez inverosímil.

Al otro lado de la verja que cerraba el batey comenzaba el potrero; a la entrada de él estaba el gran establo para las vacas, que más bien era una sucursal de un *palace* lujoso para uso exclusivo de los bovinos. Lo más notable de él era el baño de los animalitos: una piscina amplia, en la que la res penetraba por un plano inclinado y salía por el lado contrario, tomando así el baño de grado o por fuerza.

Y más lejos aún las yuntas de labor en número incalculable, y el ganado de pasto, y la sucesión infinita del bosque y de la manigua, que se perdía más allá del horizonte visible.

Manzanedo se paseaba por en medio de todo aquello como un soberano por sus dominios; pero como un soberano patriarcal que, al recibir el saludo de los guajiros que trabajaban y vivían en sus tierras, parecía confundirse con ellos en un mismo amor al campo y a la naturaleza libre.

De vuelta a la casa, donde les esperaba la dueña y señora de ella, dama simpatiquísi-

ma, digna compañera de Alfredo, aguardaba a todos un almuerzo espléndido, servido en aquel comedor donde nada faltaba de cuanto puede constituir el atractivo de una vivienda elegante de la ciudad. Era en eso también la casa una manifestación del gusto inglés, que ha llevado al campo todo la comodidad y el confort de la vida ciudadana.

Y después del almuerzo, la sobremesa prolongada, el momento más agradable del día. Los grandes ventanales, abiertos a la claridad de la espléndida jornada de febrero, dejaban penetrar hasta el centro del comedor todo el aire purísimo de la campiña; era aquella brisa, que llegaba por ráfagas intermitentes, la gran defensa contra el calor del trópico. Fuera, a su arrullo, el campo todo vibraba bajo el peso del Sol, del gran fecundador que hacía latir las venas de la tierra muy roja en la continua fermentación de los terrenos tropicales.

Era un aire marino, y el comedor parecía el de un *yatch* anclado en una bahía abierta a todos los vientos. Era una sensación de

plenitud de vida, muy difícil de sentir en otros parajes de la tierra.

Manzanedo hablaba ahora de sus viajes por Europa. Todos los años, al llegar el mes de mayo, tomaba el trasatlántico y se mudaba de continente; y en Europa permanecía invariablemente hasta diciembre.

Gozaba así de ese privilegio de los ricos, que acomodan el tiempo y el espacio a los imperativos de su voluntad; pero en Manzanedo ese viaje anual era además una necesidad: su cuerpo y su espíritu necesitaban descanso, después de cinco meses de derroche de fuerzas en la Habana.

Conocía toda Europa, y hablaba de ella como de un paraje familiar; la magia irresistible de París sonó varias veces en la conversación, y Jaime, a tantas millas de distancia, evocó una vez más el encanto de la Ciudad-Luz, que había vuelto a su espíritu desde hacía unos días, gracias al encuentro con Nita.

Mientras Manzanedo hablaba, Jaime se dedicaba a observarle; todo en aquel hombre respiraba salud y fuerza; pero no fuerza atropelladora, sino consciente y al servi-

cio de un fin ampliamente meditado. Su rostro ancho estaba de continuo iluminado por una sonrisa, y a lo alto de sus cabellos, que se alzaban revoltosos, había como un penacho de victoria.

Era bravo, valiente como pocos, pero su valor era casi siempre un castigo a la insolencia de los demás. Hombre extremadamente cortés y afable, montaba en cólera cuando veía que—como ocurre con alguna frecuencia, dada la estupidez del mundo actual—a sus maneras educadas contestaba la insolencia o la grosería de sus semejantes.

Había metido así el resuello en el cuerpo a mucha gente, y le rodeaba una aureola de hombre de corazón, muy necesaria a quien ha de luchar en ese estercolero de envidias que es hoy el mundo casi en su totalidad.

Antes de volver a la Habana, Jaime pudo contemplar desde uno de los balcones de los altos de la casa un espectáculo maravilloso: fué la puesta del sol de invierno en el campo cubano, por encima de las frondas del batey. La paz, la serenidad, que durante todo el día había sido la nota dominante en el paisaje y en el ambiente, se intensificaba a esta

hora del crepúsculo, de una dulzura infinita.

Cesaban los pocos ruidos que había en el campo durante las horas de sol, y la Naturaleza entera parecía, más que dormirse, como ocurre generalmente en los crepúsculos, morirse para no resucitar jamás. Era una hora triste, pero de tristeza grata al ánimo.

A pesar de tanta belleza, la sensación fuerte no la tuvo Jaime Bagrela hasta el viaje de vuelta a la Habana.

Era ya noche cerrada cuando el soberbio Packard de Manzanedo enfiló la carretera que se unía a la general de Pinar del Río más allá del apeadero de Guayabal; y durante el viaje, al poco rato de abandonar la finca, pareció acompañarles una sombra trágica y grandiosa, un espectro sublime que ocupará por siempre una página de oro en la historia de Cuba.

Lo evocaban las palabras de Manzanedo, y parecía salir de repente de las masas de árboles que bordeaban la carretera, cruzando ésta al galope de su caballo en su carrera loca hacia la muerte.

Porque fué allí, por aquellos mismos campos, bajo la bóveda de verdura de aquellos

mismos árboles, por donde el Titán de Bronce blandió su machete en defensa de la libertad de su patria el día mismo de ofrendar a ésta el holocausto de su vida.

En la memoria de Jaime, al oír contar a Manzanedo la historia de aquella jornada, brotaban recuerdos de su niñez. Y de pronto, un nombre sonó que borró a todos los demás, como una luz muy fuerte apaga con su brillo a las que la rodean: Punta Brava.

Pasaban por la calle principal del pueblo; en el cielo, por encima de la Habana, brillaban los fulgores un poco teatrales de una tormenta.

—¡Aquí fué!

Aquí acabó su historia el héroe más grande y el brazo ejecutor más certero de toda la guerra de la independencia. Los que le mataron no sabían a quién mataban: se enteraron algún tiempo después de que era el general Antonio Maceo el que había caído, poco menos que del acierto de una bala perdida.

—Allí, siguiendo esa calle, y a alguna distancia del pueblo—decía Manzanedo—, se alza un obelisco conmemorativo en el mismo sitio en que cayó. Su cuerpo, rescatado por

*

los suyos, yace en el jardín de una finca un poco más allá.

Jaime se llevó instintivamente la mano al sombrero.

Miró hacia el sitio que Alfredo señalaba, y con los ojos de la imaginación vió alzarse entre las sombras del campo una sombra más: la de aquel negro genial que dió su vida a su patria, después de darle su talento durante muchos años.

Murió sin verla libre, pero ¡qué santo patriotismo el suyo! ¡Y qué distinto del que se proclama a sangre fría detrás de un mostrador, cuando se confunde la tela de la bandera con la de los sacos de mercancías!

El general Maceo reposaba en el seno de aquella tierra, en las entrañas mismas de aquel campo cubano, escenario magnífico de sus hazañas y de su vida entera de epopeya.

Jaime Bagrela se marchaba de la Habana.

Cuando llegó el momento de decidir la fecha de la partida sintió invadirle el ánimo una intensa amargura; y cuando ya hizo más que señalar una fecha, cuando fué a la agencia de la Compañía de Navegación para apartar su pasaje de regreso, experimentó esa melancolía del que sabe que pone el fin a uno de los capítulos más interesantes de su vida.

No importaba que ese capítulo fuera corto. ¿Acaso se mide el tiempo por las hojas del almanaque? Vivir había vivido en aquellos pocos meses mucho más que en algunos años.

Pero ¿qué había hecho en concreto durante ellos? En apariencia, nada culminante: en su diario de unas cuantas semanas no figuraba ninguna hazaña histórica; ni siquiera una de esas catástrofes que purifican con el

dolor el corazón humano, haciéndole más fuerte para la vida.

Pero el viajero había conocido un rincón del planeta en el que la vida tenía un sentido jocundo, que fué indudablemente el de la Grecia clásica, y que ya había desaparecido del resto del globo terráqueo.

Sería influencia del clima, la misma juventud del pueblo cubano como tal pueblo, la situación geográfica acaso, que le ponía en la corriente de varias civilizaciones contrapuestas, de cada una de las cuales tomaba lo mejor... Lo que fuese; lo cierto era que en la Habana se entendía el vivir como en parte alguna del globo terráqueo, y no se le dejaban a la vida más penas que las que inevitablemente trae consigo, sin recargar el fardo de ellas en nombre de un prejuicio, de una teoría o de una secta.

Un detalle dice a veces más del alma de una ciudad que todas las explicaciones; cuando la Habana había querido engalanar con unas esculturas el paseo central del Prado, en su último trozo, cerca ya del campo de Marte, había elegido, entre otras obras jocundas, la celebérrima Venus Calipigia, del no me-

nos célebre Museo de Nápoles. Allí estaba aquella divina mujer enamorada de sus propias nalgas, con casi todo el cuerpo al aire, y en la más provocativa y picaresca de las actitudes.

Algunos varones graves—el burro es casi siempre muy grave—decían allá en Europa que la Venus Calipigia era una estatua indecente y que debía figurar en el departamento secreto del museo napolitano; contrastando con esa opinión, la Habana la entronizaba en la más linda de sus vías, y se graduaba así—si ya no lo estuviese por otros motivos—de ciudad artista.

Jaime no había pasado una sola vez ante la escultura, por cuyo original se suicidó en Nápoles un alemán enamorado, sin dedicarla un saludo cordial y sin acariciar con la mirada aquellas redondeces de nieve, aquellas nalguitas perfectas acariciadas de continuo por el aire y el sol tropical, como un guión de la fiesta perpetua en que se bañaba siempre el alma de la ciudad.

La última noche de su estancia en la Habana, Jaime y el representante Albino daban un paseo en *auto* por el Malecón; al llegar al

monumento a Maceo volvían atrás, pues sólo se trataba de tomar un poco de fresco.

Habían pasado los tres días de Carnaval, y el soberbio paseo parecía guardar aún como un eco del bullicio alocado de aquellas tardes en que miles de coches y miles de mujeres hermosas enloquecían el aire con sus ruidos y con sus gritos, bajo una bóveda de serpentinas y confettis.

Bagrela miraba hacia el mar, hacia aquella superficie, llena de tinieblas ahora, que él surcaría al día siguiente, alejándose de la ciudad encantadora para siempre.

¿Para siempre? Eso.sí que no: Jaime se lo juraba a sí mismo.

Aquella tarde se había despedido de Nita. Una despedida provisional nada más. Como ella no se había marchado de París por otro motivo que por huir de la locura amorosa del bordelés, Jaime llevaba el encargo de explorar el terreno a su llegada a la capital de Francia, y, si veía que el peligro había pasado, avisar a la joven. Sería cuestión sólo de unos meses.

En el paseo iban ahora por frente a la casa de Margarita Olaverría, de la Perla del

Malecón. Jaime llevaba unos días sin verla; la última vez pareció notar en ella más acentuado aquel aire de tristeza resignada que en vano quería cubrir con fingidas alegrías.

Al paseo de los tres días de Carnaval había concurrido—con pase, por el centro del paseo, como correspondía a su categoría—disfrazada con capuchón negro y cubierto el rostro con antifaz del mismo color. Bagrela la conoció a la segunda vuelta, puede que por el olor..., pero el caso fué que, a pesar del disfraz, la reconoció.

Y le pareció muy natural que fuera así, tapada y de negro, a pesar de la alegría que ella quería fingir a cada hora. Iba muy en su papel.

Ahora, al paso raudo del coche, Bagrela creyó reconocerla también en una figura de mujer que había asomado a uno de los balconcitos de los bajos de su casa. Sí, era ella; claro que ahora no llevaba antifaz carnavalesco: no llevaba más antifaz que el otro, el que se ponía siempre para andar por la vida.

Jaime no la saludó. En la obscuridad del automóvil hubiera sido difícil que ella le hubiera reconocido. ¿Cómo la dejaban asomar-

se al balcón? Su amo—porque Margarita tenía un amo—, ¿no se lo impedía?

Una de las veces en que el *auto* dió la vuelta, contorneando el pequeño parque que se estaba formando al pie del monumento al general Maceo, Jaime dijo a Albino:

—¡Qué figura de hombre más completa!

—Fué el hombre de su época, y para Cuba lo fué todo.

—Murió sin lucimiento: merecía otra muerte.

—Lo mató la casualidad. La batalla había terminado ya, y una patrulla, que no oyó la orden de retirada dada por los jefes, se tropezó con él y disparó.

—¿Sin saber quién era?

—Eso desde luego; ya le digo: fué un verdadero tropezón.

En la obscuridad de la noche se alzaba solemne el hermoso monumento que concibiera y ejecutara el italiano Boni. Cuando se alzó discutióse mucho en la Habana sobre si estaba bien o mal colocado; decían algunos que la estatua ecuestre del general debía estar mirando al mar, en vez de estar vuelto a la ciudad.

Jaime encontraba que estaba mejor así: por encima de las techumbres urbanas miraba al campo, a la tierra cubana que él regó y libertó con su sangre.

Y Bagrela pensó que la verdadera perla del paseo del Malecón era la estatua del general Maceo.

¡Cuánto más interesante su figura que la de Margarita Olaverría, que, después de todo, no era más que una esclava!

FIN



Precio: **4** pesetas

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.)

— — Artes Gráficas — —

Paseo de San Vicente, 20. Madrid